



**LA HEREDERA**  
ADELFA MARTIN

*A las mujeres que jamás se rinden*

# **LA HEREDERA**

Adelfa Martín

Una novela corta, donde la autora trata de acercarse lo más posible, tanto a lo más profundo del alma de algún oscuro y retorcido personaje, como recrearse en la luz que otros irradian en abundancia.

Bondad, maldad, intriga, envidia, muerte, ambición, amor. Sencillamente: seres humanos.

México, Abril 2012

## **SINOPSIS**

*Jamás había deseado otro lugar, otro país, otros paisajes, pues a pesar de haber viajado desde muy niña con sus padres, estaba segura de que no vio rincones más hermosos; aunque el mundo es todo bello y sin excepciones — solía decir — pero aun así, tenía la plena certeza que la belleza que la rodeaba, era especial.*

*Si hablamos de sol, el de esta tierra es espléndido, casi permanente, pues incluso en las épocas de frío, no deja de asomarse sin timidez, como diciendo... ¡aquí estoy!, solamente me he ido a descansar por un ratito. Si el tema son las playas... ¡Uy! no podrían existir más bellas; de arenas blancas y tan finas, que se escurren entre los dedos cual si quisieran jugar a: ¿a que no me atrapas?*

*Se puede elegir entre desiertos de características muy particulares y únicas, montañas de rocas y empinadas laderas, o selvas espesas y misteriosas, con sus cenotes de aguas tan antiguas y profundas, que han inspirado historias y leyendas por siglos.*

*Los paisajes especialmente agrestes que se encuentran en el sur, donde palpitantes cascadas lloran sus aguas eternas, derramándose copiosamente sobre ríos cristalinos, vigilados por altos miradores de dura roca, dejan sin palabras incluso a los más indiferentes.*

*Viejas y fantásticas pirámides guardan celosos secretos apenas desvelados. Algunas razas guerreras, a las que se ha logrado estudiar desentrañando sus complicados jeroglíficos, nos maravillan con sus increíbles edificaciones y conocimientos científicos, que son el asombro de propios y extraños. Otras, todavía prácticamente desconocidas, dejaron huellas de su existencia aún visibles en diferentes lugares — aunque poco se sepa de ellos — pero que sin embargo, por la hechura de sus construcciones, es lógico suponer que poseían una avanzada cultura.*

*Pintores, escultores, poetas, escritores, músicos, cantantes, compositores, científicos... Gente creativa, desbordada de arte e ideas, que con sus manos de excepcionales artesanos, dan renombre e identidad cuando muestran sus diferentes habilidades.*

*Apenas con asomarse al balcón de un alto edificio y extender la mirada a lo lejos, paseando por un parque cercano, o al internarse por una de sus interminables carreteras, se encuentran paisajes y motivos más que suficientes para inspirar al poeta o al pintor, que se dejan embelesar por los radiantes colores que la maravillosa flora pareciera regalar en una abundancia tal, que resulta abrumadora a veces.*

*El orgullo por la tierra en que se nace no debe confundirse con el patriotismo que nos desmerece, sino con la esencia misma de lo que somos como personas, pues también estamos formados por las miradas y vivencias de los que nos precedieron; también somos sangre de los que murieron y lucharon a brazo partido para heredarnos lo que nos circunda; para hacérselo más amigable, más humano y humanizado.*

*Inevitables y comprensibles son, tanto la tristeza y la lágrima furtiva cuando nos alejamos, como lo es la alegría cuando volvemos a lo nuestro; al rincón que nos vio nacer y que generosamente compartimos con quienes sean capaces de amarlo tanto como nosotros*

*Aún vuela el águila orgullosa y altiva, sobre ese hermoso lugar que no es necesario señalar en ningún mapa, pues quien sabe cuantos otros imaginadores puedan sentirse identificados con el panorama que se visualiza abajo, y*

*que desde esa altura, inalcanzable para quien no sea el empeinado soñador, le permite decidir sin ser contrariado, que vive en un mundo sin fronteras; sin tuyos ni míos, sino*

*sencillamente, de todos.*

*Un país, que incluso más que otros, debido a su particular historia espiritual, se prestaría maravillosamente para la vuelta a ese mundo de luz del que hablan las profecías, donde el hombre nuevo, preparado ya para alcanzar el designio que le fue dado en el origen y que olvidó y perdió cuando se dejó enceguecer por la soberbia, podrá reencontrar el camino de la verdad y la libertad que le pertenecen, como hijos que son... a Imagen y Semejanza.*

*Ella sabía, que como a toda criatura, le estaba llegando el tiempo de extender sus propias alas, de enseñorearse de su vida, de pisar fuerte para dejar huella clara de su propio andar, de cometer errores y pelear sus batallas sin mirar atrás, buscando caballeros andantes que le enderecen sus entuertos.*

*No abandonaba su paraíso, ni jamás se iría para siempre. Habría de dejar el nido solo temporalmente, pues como a todo polluelo, le ha llegado la hora del nuevo amanecer, que le indica, sin lugar a dudas, que su momento es: ahora.*

## Cap. I

Elena de la Fuente Carvajal era joven y hermosa, o al menos eso le decían todos. Su padre exageraba pues repetidamente le recordaba ¡naciste para reina! Claro que tenía el buen juicio de no creérselo demasiado, pues sabía cuanto la amaba. De vez en cuando, al pasar frente al gran espejo de la sala, echaba una miradita medio disimulada, comprobando que realmente no estaba tan mal.

Nada de esto le importaba demasiado. La belleza, y a veces tampoco la riqueza, suelen ser eternas, le recordaba a cada rato su madre, cuando comenzó a hacerse mujer. Lamentablemente, había fallecido hacía tres años, cuando apenas cumplía los quince. Hoy, en la celebración de su mayoría de edad, 18 años, la iba a extrañar muchísimo.

No sabía ella cuan rico era su padre, pero ciertamente si vivían rodeados de comodidades, y desde niña siempre había escuchado hablar de la gran fortuna del Sr. de la Fuente, que no solo la había heredado, sino que la había multiplicado. Algo si notó siempre, tanto en la tristeza que percibía en los ojos de su madre, como en alguna conversación que lograba medio escuchar, cuando creían que jugaba o estaba entretenida por allí, y era que especialmente su padre, habría querido tener un hijo. Es más, casi estaba segura que antes de su nacimiento, había habido otro hijo. Jamás algo así se mencionó en su presencia, ni tampoco el trato hacia ella le hizo nunca sentir que no era deseada; todo lo contrario, el amor que le tenían era más que evidente.

Justamente este era un día excelente para aclarar sus dudas.

Desde la muerte de su mamá se había acercado mucho mas a su nana, a la que siempre había querido y que en cierta forma había sido su segunda madre, así que cuando estaba con ella en la habitación ayudándola a preparar el atuendo para la cena y baile que se celebraría esa noche, le hizo una pregunta directa.

- Nana... ¿hubo un hermano?
- ¿Cómo?
- Que si nació otro niño antes que yo.

La nana pareció no inmutarse, pero mirándola directamente le dijo: Mira niña, si tienes inquietud por saber algo; alguna cosa que creas ignorar de tu pasado familiar, tienes la suficiente confianza con tu padre para preguntarle directamente.

- Ciertísimo, eso voy a hacer.

Tocó suavemente en la puerta cerrada del despacho de su padre, quien dijo, pase.

—Papá, no se si te molesto, si estas ocupado...

—No mi amor; para ti jamás, ¿que se te ofrece?

— Es que desde hace tiempo he querido preguntarte algunas cosas, aclarar ciertas dudas que tengo desde la infancia. Y como hoy cumplo 18 años, creo que ha llegado la hora de que hablemos de ello.

— Vaya hija, me asustas. Aunque debo decirte que también yo he querido tener una conversación contigo desde hace algún tiempo, y tienes razón, este puede ser el momento idóneo.

Siéntate a mi lado, por favor, le dijo, mientras se levantaba del sillón tras su escritorio, y acudía a sentarse en un acogedor sofá. Comienza hija, porque para lo que yo tengo que decirte, debo armarme de valor.

—Ahora eres tú el que me asustas, pero está bien, comienzo. Es que desde niña he tenido la impresión, primero que tú hubieras deseado tener un hijo varón, y luego que en ciertas ocasiones, me pareció como si antes de yo nacer, o siendo muy pequeña, algún niño estuvo en esta casa. Además, en algunos momentos llegué a percibir cierta tristeza en la mirada de mi madre;

silencios que se me hacían incomprensibles.

Su padre la miró fijamente, con algo de sorpresa. Es increíble, porque eras demasiado pequeña, pero sí, es cierto. Tu mamá y yo nos casamos demasiado jóvenes, ella apenas de tu edad, y yo un par de años más. A pesar de que llegamos a querernos mucho, nuestro matrimonio fue más un arreglo familiar que una decisión personal, y aunque esto no me disculpa y me pasé el resto de su vida haciéndome perdonar por ella—lo cual espero haber logrado—, lo cierto es que le fallé terriblemente.

—¡Papá!

— Es la verdad hija, y llegado este momento crucial, no voy a omitir absolutamente nada.

Don Rodrigo de la Fuente Martínez se tomó el rostro entre las manos y bajó un poco su cabeza.

— ¡Pero papá! ¿Qué sucedió?

— Cuando teníamos como un año de casados y en un corto viaje que hizo tu madre sola a visitar a tu abuela que estaba enferma, me involucré con otra mujer. Las cosas se complicaron de tal manera, que aún después de su regreso continué viéndola, hasta que un buen día me anunció que estaba embarazada.

—¡Dios santo papá, como habrá sufrido mi pobre madre!

— Si, fue terrible, porque además el hecho se hizo público y tuvimos —porque a mi también me afectó muchísimo— que afrontarlo, tanto socialmente como ante la familia de ambos.

— ¡Y mi mamá, te perdonó? ¿Y el niño? ¿Y ese hermano?

— Ya, ya te cuento. Estuvimos a punto de separarnos y en cierta forma lo hicimos, pues aunque jamás dejamos de vivir bajo el mismo techo, si estuvimos alejados, hablándonos solo lo indispensable, pero al poco tiempo tu madre sacó su casta, su temple que tanto admiré, y llamándome una noche después de la cena, me dijo: Rodrigo: —¡mi adorada Elena, con esa suave y maravillosa voz!— No he dejado de pensar ni un solo momento durante estas semanas. He sopesado los pros y los contras, analizado las circunstancias de nuestro matrimonio, y nuestros pocos años. He tratado de ser sincera conmigo misma, llegando a la conclusión que tampoco yo te amaba cuando nos casamos. Que te quería, sí, pero no te amaba realmente. Que tú, por ser muy joven no habías tenido oportunidad de vivir las experiencias que estoy segura todo hombre —y también las mujeres— deberíamos experimentar antes de llegar a un compromiso tan serio como es casarse, así que he decidido hacer borrón y cuenta nueva; no olvidar, porque es imposible, pero sí darle otra oportunidad a nuestro matrimonio, en el entendido, eso sí, que un nuevo error, y ni siquiera consideraría una conversación como esta.

(Cuando este asunto se supo, el bebé ya había nacido, así que para el momento de la plática, el niño ya tenía algunos meses).

— Agregando Elena. La criatura será bien recibida en esta casa. No me opongo ni por un segundo a que lleve tu apellido, porque tiene todo los derechos y ninguna culpa, y si acaso — que imagino que no—, pero si acaso su madre quisiera entregártelo para que tú lo críes, me comprometo

a tratarlo como propio y a no hacer ninguna diferencia con los que tengamos nosotros. Y por favor, no deseo tocar más este tema.

— Y tú, papá, ¿volviste con esa mujer?

— ¡Claro que no. Te lo juro! De hecho cuando el niño nació, hacía meses que todo había terminado entre nosotros. A los pocos años, ella se casó.

— Bueno, ¿y el niño, y mi hermano, como se llama?

— Se llama Rodrigo y le di mis apellidos

—¿Y por qué no lo conozco, por qué no viene a esta casa?

— Pues porque hace años que no lo veo, hija. Cuando su madre se casó se lo llevó a vivir a Italia, de donde es su esposo, y aunque me fue fácil averiguar su paradero, ella me pidió que no interfiriera, que era mejor para el niño. Es más, creo que el padrastro lo adoptó; sin mi aprobación, desde luego, así que a estas alturas no sé si él sabe quién es su verdadero padre, ni que nombre lleva.

— O sea, que existe un Rodrigo por ti, y una Elena, yo, por mi madre. Por cierto, ¿qué edad tiene?

— Acaba de cumplir 22 años.

— Claro, por eso yo recuerdo... tengo en la mente la imagen, muy vaga por cierto, de un niño en esta casa.

— Me dejas atónito; eras apenas un bebé.

A la semana siguiente se iría al extranjero a comenzar la universidad. Había decidido estudiar Economía, lo cual complacía enormemente a su padre, que deseaba prepararla para tomar el mando de sus empresas algún día, a pesar de que él tenía un hermano menor, apenas diez años mayor que su hija, que ya había terminado su carrera y realizaba ciertas actividades en el conglomerado, pero ese hermano, Carlos, —tito Carlos— no era precisamente persona de toda su confianza. Para el gusto del Sr. de la Fuente era demasiado ambicioso y soberbio. Ya le había ocasionado algún que otro contrat tiempo con los empleados.

Cuando le dio el abrazo de despedida a su hija, no pudo menos que decirle, ¡que orgullosa estaría tu madre mi amor!, y por favor, no olvides que ¡naciste para reina!

- Papá, ¡por Dios!, que ya no soy una niñita.

De esta forma fue como Elena salió de lo que ella llamaba una larga infancia, y comenzaba a vivir su juventud, sola, independiente, tomando muy seriamente su carrera porque amaba estudiar, pero también decidida a vivir, a no dejarse atrapar tan fácilmente. Con frecuencia decía: me casaré cuando ya sea inevitable, cuando esté al límite de mi vida reproductiva para tener un par de hijos sanos. A los treinta y piquito, aunque hoy algunas esperan incluso a tener más de cuarenta.

A partir de ese verano, cada vez que regresaba por vacaciones, su padre la iba introduciendo poco a poco en los asuntos de la empresa. Aunque sea un mes y medio le decía, el resto úsalo para viajar si lo deseas, pues conocer el mundo también es parte de la educación que deseo recibas.

Varios años después, y luego de haber recorrido todos los departamentos, Elena tomaba el mando del directorio de las empresas familiares y su padre hacía un semi—retiro, aunque pendiente para darle apoyo y consejo.

Esto causó el primer inconveniente familiar con Carlos, a quien siempre ella defendía diciéndole a su padre:

— No seas tan duro con él, bien sabes que conmigo se porta muy bien. Sin embargo, ya había sufrido un desengaño con su “tito”, cuando este le dijo secamente Mira, ya tú estás demasiado grande y yo demasiado viejo para que me digas de esa forma. Y claro, que desde ese momento le decía solamente tío Carlos, dentro, o fuera del trabajo.

Así que en la reunión de Consejo, cuando el Sr. de la Fuente la presentó como la próxima Presidenta de las Empresas, solicitando de todos los ejecutivos — varios de ellos con muchos años de antigüedad — que la asesoraran y escucharan cuando ella lo requiriese, o cuando lo consideraran necesario, todos asintieron y aplaudieron cariñosamente, pues además de que Elena se había ganado su afecto y la conocían prácticamente desde niña, lo consideraban lo más natural siendo su única hija. Sin embargo, Carlos de la Fuente, sin decir una sola palabra, abandonó la sala de juntas dejando a todos boquiabiertos. Elena miró a su padre fijamente en silencio.

Terminada la reunión y ya en el despacho ellos dos solos, Don Rodrigo le dijo muy seriamente:

- Hija, por años me has visto discutir con mi hermano y en algunas ocasiones has intercedido considerando que era muy exigente con él, pero debo advertirte: Carlos tiene cierto número de acciones las cuales no le he permitido aumentar precisamente por sus graves problemas de carácter, pues siempre pensé que dándole más poder, tarde o temprano me ocasionaría algún fuerte disgusto, ya que es dado a molestar, incluso humillar, a quienes ve mas involucrados con la empresa, y solidarizarse con quienes tienen alguna queja, lo cual me consta, además de los múltiples reclamos que he recibido de diferentes personas a través de los años. Yo te pido por favor que te cuides mucho de él, que lo tengas siempre bajo una observancia discreta, y que no le hagas ningún tipo de confidencia de asuntos relacionados con nuestros negocios, más allá de lo que tenga que ver con sus actividades específicas. De todas formas, voy a hablarle seriamente. Sería maravilloso que nos vendiera sus acciones, aunque estoy seguro que no lo hará.
- Está bien papá, te prometo que tomaré muy en cuenta tus consejos y los seguiré al pie de la letra.

Pero antes de dar este enorme salto, sucedieron varias cosas.

## Cap. II

Al finalizar la licenciatura— solo le faltaba la maestría— durante ese mes y medio que ella solía tomarse en verano para viajar, y sin decirle nada a nadie, decidió localizar a su hermano. Sabía únicamente que vivía en Florencia. No fue difícil, pues resultó ser una familia prominente, muy conocida en los cultos círculos sociales de la — para algunos — más hermosa ciudad italiana.

Se presentó en la casa sin avisar, temiendo precisamente una negativa, y al llegar, a pesar de estar acostumbrada al lujo y a las comodidades, quedó impresionada. Era realmente un palacio, tanto en la estructura de la mansión, como las obras de arte que decoraban el gran salón a donde fue introducida, una vez que dio su nombre. Sabía, se imaginaba, que su apellido le diría mucho a la dueña de la casa; y así fue.

Apenas habían transcurrido cinco minutos, una señora elegantemente vestida, aún muy atractiva, hizo acto de presencia. Directamente, mientras le extendía la mano, le preguntó.

- Elena de la Fuente, ¿eres la hija de Rodrigo?
- Si, así es señora
- Imagino lo que te trae por acá. Por cierto, te pareces mucho a mi hijo.
- A mi hermano, quiere decir. No sabe como agradezco que me haya recibido, y con esta franqueza. ¿Sabe Rodrigo de mi existencia, de nuestro padre?
  - Si, lo sabe todo
  - Pero, ¿no está interesado en conocernos?

- No, no se trata de eso. Apenas le contamos la verdad cuando cumplió 18 años, y bueno su padre, mi esposo, es ya mayor, y no ha estado bien de salud, por lo que él ha preferido no ocasionarle un disgusto, pues realmente lo quiere muchísimo, se quieren ambos, como padre e hijo, a pesar de que mi esposo tiene hijos mayores de un matrimonio anterior.

Dijo Elena:

- Yo apenas estoy de paso, vine por unos pocos días, tomándome la libertad de realizar este contacto, cosa que mi padre ignora, pues tampoco quería disgustarlo en el caso que no pudiera ver a Rodrigo. ¿Porque se llama así, verdad?
- Si, ese es su nombre, solo que no lleva el apellido.
- Señora, no he querido ser inoportuna, ni deseo ocasionarle inconvenientes. Estoy en este hotel —dándole una tarjetita — y me iré pasado mañana. Me encantaría conocer a mi hermano, pero esto ya lo dejo a su criterio; al de ambos, en realidad. Si le parece bien, háblele de mí, y si él lo desea, podemos reunirnos para almorzar o cenar mañana mismo. Y muchísimas gracias por su generoso recibimiento.

Se dieron un suave apretón de manos, y un sirviente que apareció de improviso la acompañó a la salida.

Allí mismo tomó un taxi dirigiéndose a su hotel. Había vivido una fuerte emoción y estaba realmente cansada. Se tomaría un baño y descansaría unas horas antes de la cena. Sin embargo y a pesar de la sensación de agotamiento que sabía era emocional, sentía una enorme alegría, y hasta una cierta paz por lo que acababa de hacer. Ni ella ni su hermano eran culpables de ningún asunto pasado y bien merecían conocerse y llevar una fraterna relación, pues por lo que alcanzó a percibir, él también era hijo único respecto de su madre.

Cuando bajó a cenar, se sentía maravillosamente. No le pasó desapercibido el hecho de que varias cabezas se volvieron hacia ella, que se dirigió a una mesa que ya había reservado en un alejado rincón del salón—comedor. Cuando ya estaba en los postres, una señora que había conocido en la mañana en la inevitable visita a la Catedral de Florencia —su segunda o tercera,

por cierto –se acercó a su mesa, invitándola a sentarse con ellos. Ellos eran su esposo, y sus dos hijos, hombre y mujer, que según le dijeron, casi obligaron a acompañarlos en este viaje, ya que no hablaban sino de lo que se iban a aburrir viajando con sus padres. Todavía era temprano, así que ella, sociable como era, aceptó encantada, y no tuvo que arrepentirse.

No salieron para nada del hotel, y ni falta que hizo.

Terminada la cena, fueron “por un ratito nada mas” al bar, el cual tenía una pequeña pista de baile, animado por un alegre grupo de músicos y cantantes. El joven, más o menos de su edad, se turnaba bailando con ella y su hermana, hasta el punto que los papás ya cansados se retiraron, dejándolos a ellos divertirse a sus anchas. Cuando se dieron cuenta eran más de las tres de la mañana, y pensando en lo que tendrían que hacer al día siguiente, decidieron dar por terminada la diversión. ¡Y ella que había pensado incluso pedir la cena en su habitación!, ¡que personas tan agradables!

Durmió de un tirón hasta las 11 de la mañana siguiente. Cuando estaba terminándose de arreglar sonó su teléfono.

- ¿Elena?, soy Rodrigo.

Sintió una enorme emoción, un nudo en la garganta, seguramente él estará igual pensó.

- ¡Que bueno que me llamaste! ¿Si podremos vernos?

- Claro, le respondió.

A ella le sorprendió su buen español. Bueno, podemos almorzar juntos, si te parece.

- Perfecto, paso por ti a las dos de la tarde.

Al colgar el teléfono, no pudo menos que dejar salir libremente las lágrimas. ¡Ay papá, si supieras!, ¡si supieras!, estoy segura que te alegraría mucho. Tentada estuvo de llamarlo en ese momento, pero reflexionando, decidió que mejor primero hablaría con Rodrigo, lo analizaría, antes de llenar el corazón de su padre con ilusiones que tal vez no cristalizarían.

Tenía tiempo de salir a dar una vuelta, y regresar para arreglarse lo mejor posible. Quería causarle una buena impresión a su hermano, vistiéndose a la altura, pues imaginaba, dado el nivel de vida que percibió, que irían al mejor restaurante de la ciudad. Para entretenerse esas pocas horas, y aunque se sabía de memoria esta hermosa ciudad, se acercaría hasta el Ponte Vecchio, que hacía años no visitaba.

En el lobby, su hermano la esperaba de pié. Se quedó petrificada. El parecido con algunas fotos que había visto de su padre joven, era impresionante. Él, quizás por la amplia sonrisa en el rostro de ella, supo reconocerla, así que dio algunos largos pasos y la abrazó cálidamente.

— ¡Que gusto Elena, que gusto! Te recuerdo tan pequeñita...

—Si, si, que agradable que nos podamos conocer. Pero, ¿y sí me recordabas?

—La verdad, muy poco, pero si, algo. ¿Nos vamos?

En la entrada, el *valet parking* le entregó las llaves de un lujoso auto deportivo.

Durante el corto trayecto hacia el restaurante, así como durante la comida, no dejaron de conversar ni un momento. Elena había llevado su cámara, y sin ninguna objeción por su parte, tomó varias fotos, tanto juntos como de el solo.

- ¿Te animarías a viajar, a conocer a papá, a nuestro padre?

- Mira, no tengo inconveniente. Apenas conservo una vaga imagen de él, la cual hasta que mi madre me contó la verdad, no podía relacionar con alguien personal, pero después de saber los detalles y conocer las circunstancias y que fue ella la que decidió alejarse, que él jamás me rechazó, etc., obvio que existe la natural curiosidad por conocerlo, pero la salud del que considero mi verdadero padre es muy precaria, y tendría que manejar esto con mucho tacto.

- Si, lo entiendo. Ojalá puedas arreglarlo de alguna forma, pues se que en cuanto le hable a

papá de este asunto, y le muestre las fotos, se le recrudecerá la necesidad por verte, por abrazarte. Quiero que pienses, por favor, cuanto sufrió esta separación, y que mantuvo la distancia por respeto a las decisiones que tu mamá tomó en su momento.

- Lo sé, lo sé, y te prometo que trataré de manejarlo lo mejor posible. Mi padre es un gran hombre, sumamente humano y comprensivo; trataré de plantearlo de una manera inteligente. Solo no te doy fechas.

- Estoy segura que lo lograrás. Por lo pronto, lo que somos tú y yo no volveremos a alejarnos nunca. ¿Ok?

- ¡No, claro que no!, ja, ja, ja, ja, ¡jamás!

Las horas se pasaron volando. Cuando vinieron a darse cuenta ya estaba anocheciendo. Habían logrado ponerse al día, al menos de las cosas más importantes de sus vidas.

Ya para despedirse, ella le preguntó: imagino que estudiaste una carrera, ¿verdad?, claro le respondió, Comercio Internacional, ¿y tú?, acabo de terminar mi licenciatura en Economía; de hecho ya voy a hacer la maestría.

Rodrigo la dejó en su hotel, y a la mañana siguiente, a primera hora, Elena salía de Florencia. No veía el momento de llegar a su casa y darle a su padre esta gran alegría.

### Cap. III

Regresaba contentísima. Durante todo el vuelo estuvo planeando la forma de cómo hablarle a su padre sobre su hermano. Sabía que se alegraría mucho, pero tendría que buscar un momento oportuno, no decírselo de improviso, pues aunque era un tema que poco tocaban, ya que le entristecía hablar de ello, ella bien sabía lo que significaba para él, pero sin embargo le preocupaba que teniendo algunos problemas de corazón — los cuales gracias a un tratamiento riguroso no habían pasado a mayores — una noticia así pudiese afectarlo, por lo que iba a procurar ser muy cautelosa. Comenzó a ensayar mentalmente como iniciar el tema.

El viaje desde el aeropuerto se le hizo inusualmente largo. Ensimismada en sus pensamientos observaba el campo siempre tan verde, las pequeñas casas diseminadas a un lado y otro de la moderna autopista, todas llenas de flores que parecían querer salirse fuera de los diminutos jardines. Algunos niños jugaban fútbol en un campo apenas acondicionado para ello, pero se escuchaban sus risas y oles como si de un gran partido se tratara. No cabe duda que mi gente es alegre, ¡como extraño esta cualidad cuando me encuentro lejos! Por suerte, ya pronto regresaré para quedarme.

Al fondo comenzó a divisar los altos y modernos edificios de su ciudad capital, apenas difuminados los más lejanos tras una leve neblina que ella sabía se debía a la contaminación, ¡hasta cuando, se dijo lograremos eliminar este terrible problema! Bien que estaba ella dispuesta a dedicar algunas horas de su tiempo y los recursos necesarios en apoyo de las personas y asociaciones que luchaban a brazo partido a favor del medioambiente. Aun sabiendo que su padre era partidario de ello y había apoyado algunas iniciativas, Elena pensaba que podrían ser más proactivos al respecto; lo que ella deseaba tomar seriamente cuando fuera su momento, que ya estaba próximo.

Apenas descendiendo del taxi la recibió la nana con tantas muestras de alegría, que se convirtieron en gritos, niña, niña, pero ¿ya llegaste? ¿Y por qué tan pronto?, ¿cómo no avisaste? Ella reía a carcajadas mientras la abrazaba.

— Es que quise darles una sorpresa, ¿Y mi papá?

— Está desayunando en el jardín.

— No le digas nada por favor, que quiero ver qué cara pone.

Elena miraba a uno y otro lado del pasillo que conducía a la parte posterior de su casa y lo que veía le gustaba. ¡Como extraño mi hogar! Su madre, de un exquisito gusto, no había escatimado en detalles para decorarla y todo se conservaba tal cual lo había dejado. Ni a su padre ni a ella se les hubiera ocurrido modificar algo. Echó un vistazo al gran salón y se detuvo por unos segundos para admirar el gran óleo donde Elena Carvajal de De la Fuente mostraba su serenidad eterna, destacando sus hermosos ojos oscuros, y esa sonrisa dulce que parecía caracterizarla. Elena le sonrió a la imagen y le lanzó un beso con las yemas de sus dedos.

Caminando en silencio, se acercó a su padre que leía el periódico. Sin embargo antes de llegar a él, Rodrigo de la Fuente se volvió como presintiendo, y levantándose con gran agilidad la abrazó estrechamente.

— ¿Por qué no me avisaste? ¿y por qué regresaste antes?

— Ya ves papá, quise sorprenderte

— Por favor siéntate, ¿quieres desayunar? ¡nana!

— Tranquilo papá, que no creo que ella tarde en llegar con comida.

— Bien, ahora, ¡cuéntamelo todo! ¿Cómo te fue? ¿Tuviste algún problema?

— Nada de eso, es mas mi regreso se debe a que tengo buenas noticias.

— Hija, solo espero que no me digas que vas a casarte.

– ¡Ay papá, por Dios!, ¿y el novio? Ambos se echaron a reír.

– Mientras desayunemos – ya la nana se aproximaba con una gran bandeja – voy a contarte algo maravilloso que se que te va a alegrar. Y por favor, tómatelo con calma.

Ante la mirada expectante de Don Rodrigo, y sin poderse reprimir, a pesar de todo el cuidado que había pensado tener para tratar el tema, le soltó directamente.

- Conocí a mi hermano.

La nana, que apenas le estaba sirviendo el desayuno, se sentó bruscamente en una de las sillas, mirándolos fijamente a uno y otro.

Elena, habiendo dicho esto, y antes de que su padre lograra siquiera abrir la boca, sacó de su gran bolsa de mano un sobre con varias fotos y comenzó a extenderlas sobre la mesa.

- ¡Por Dios santo hija!; dime por favor.

- Si, si, por favor, cuenta, cuenta, dijo la nana.

Mientras ellos se turnaban para ver las fotos, comenzó a contarles como había planificado desde antes de salir de viaje llegar hasta Florencia justamente con la intención de encontrar a su hermano, pues creía que ya era tiempo de

conocerlo y desvelar ese misterio, más que nada, salir de la duda de si Rodrigo querría o no saber de ellos. Poco a poco los fue poniendo al tanto de todo, resaltando la buena impresión que le causó, y la positiva disposición que encontró en su hermano para venir algún día a conocer a su padre. La nana se retiró y ellos continuaron conversando. Don Rodrigo le pidió que le contara detalles, así que Elena lo puso al tanto de la salud de su padre adoptivo, a quien él quería mucho y no deseaba herir, pero que si embargo también deseaba conocer a quien le dio el ser.

— Gracias a su madre – abundó – él tiene un buen concepto de tu persona, a pesar de que vino a saber de ti cuando cumplió 18 años. Pero puedes estar seguro que pronto vamos a tener noticias tuyas.

— Es lo que más deseo hija. No sabes como te agradezco que hayas tomado esta iniciativa, pues me preocupaba mucho que me sucediese algo, sin haber tenido la oportunidad de volver a ver a mi hijo. Ni te imaginas como pensé en ello cuando tuve aquél problema del corazón.

—Quiero que te quedes tranquilo a este respecto papá, pues tengo la certeza que Rodrigo vendrá pronto a visitarnos. Antes de que nos comuniquemos con él, me gustaría darle tiempo a que arregle sus asuntos, que se sienta en libertad de tomar su decisión sin presiones de nuestra parte.

— Si, tienes razón, así lo haremos. Mirando una de las fotos dijo: ¿se parece a mi, verdad?

—Muchísimo papá, especialmente en fotografías que he visto de ti cuando tenías su edad. Es idéntico. Te vas a sentir muy orgulloso de él, pues además tiene un hermoso carácter y es muy sencillo.

— Don Rodrigo sonrió mientras pasaba los dedos suavemente por el rostro de su hijo plasmado en esa imagen que aún le parecía mentira tener en sus manos.

Un par de meses después, el joven les informó que podría viajar a visitarlos, pero que por respeto a su padre adoptivo, solo pedía que la visita se mantuviera en forma privada.

Su llegada fue pues un acontecimiento— dentro del ámbito familiar — que incluyó toda clase de emociones especialmente para Don Rodrigo, que le parecía estar viviendo un sueño. De hecho decidieron pasar una temporada en la casa de la playa, que por no ser época vacacional sabían que nadie les visitaría. Padre e hijo charlaron interminablemente, dando largos paseos, en muchos de los cuales Elena no los acompañaba, pues quería que la relación entre ellos floreciera. Además, que debido a la llegada de su hermano, había retrasado su vuelta a la universidad, por lo que decidió que ya era tiempo de marcharse, así que los últimos días, los pasaron ellos solos.

Apenas había regresado el joven a Florencia, ambos se comunicaron con ella, lo cual la alegró

mucho, pues pudo darse cuenta del enorme cariño que su hermano le había tomado a su padre, y como Don Rodrigo parecía haber rejuvenecido diez años.

## Cap. IV

Algunos meses después, Elena finalizó su carrera, regresando definitivamente a ocupar la posición que le correspondía, comenzando “desde abajo”, como decía el Sr. de la Fuente.

A pesar de ser quien era, pronto se granjeó el afecto y la confianza de todos los empleados con su sencillez y disposición para aprender, no sintiendo ningún complejo por preguntar, consultar o aceptar incluso en algunas ocasiones que yo “de esto no sé nada”. A sus espaldas los empleados decían: ojalá sea ella la que ocupe algún día la Presidencia, porque si ponen a Don Carlos...

Sin embargo, cuando tomó el mando de la Junta Directiva del Conglomerado, y aunque estaba cierta que había recorrido en los últimos ocho años todos los departamentos, no podía evitar el nerviosismo de saber que la tarea no iba a ser fácil, especialmente porque meses después y a pesar de los buenos cuidados, la salud de su padre se vería visiblemente disminuida.

Se había rodeado de la gente más eficiente y leal, todos ellos aprobados por el Sr. de la Fuente que conocía de su probidad, además de experiencia, pero sentía a veces que la responsabilidad era demasiada y que podría salirse de las manos.

—¡Nervios de debutante hija!, no temas, la animaba su padre.

Justo cuando la salud de Don Rodrigo se agravó, se supo que una de las sucursales ubicada en otra ciudad, iba a ser puesta en venta por inoperabilidad, enterándose que detrás de este asunto se encontraba su tío Carlos, que era el ejecutivo encargado de detectar cuando alguna de las oficinas bajaba su productividad o dejaba de ser rentable, para proceder a tomar medidas. Poco a poco los fue poniendo al tanto. Decidió no hablarle de ello a su padre, a

sabiendas de que ningún disgusto iba a beneficiarlo, así que convocó a una reunión urgente del Consejo, pidiéndole a Carlos de la Fuente que llevara todo lo necesario para mostrar sus dichos, ya que para él, la mejor solución era vender.

Su tío presentó un montón de documentos que se apilaban sobre la enorme mesa, y que cada uno de los presentes iba revisando cuidadosamente, mientras ella, callada, escuchaba los porqués de la necesidad de vender, alegando que la cantidad que estaban dispuestos a pagar los compradores iba a permanecer firme por pocos días; una vez que retiren su oferta, decía Carlos, va a ser muy difícil, si no imposible, encontrar a otros tan dispuestos a realizar una inversión de esa magnitud.

De pronto, Elena preguntó.

— ¿Y la gente?

Todos quedaron en silencio, menos Carlos que replicó.

— ¿Cuál gente?

— Las doscientas treinta personas que allí trabajan, respondió Elena, muchas de las cuales lo hacen desde hace diez años, o sea desde que esas oficinas se iniciaron... Imagino, continuó, que estos compradores que tú has encontrado, están dispuestos a mantener la plantilla tal cual está.

— Pues no, respondió su tío, de eso no hemos hablado.

—Y tú comisión, tío, ¿de cuánto va a ser?

— Eso no viene al caso Elena; es algo a lo que tengo derecho, según mis condiciones de trabajo en esta empresa.

— ¿Y es cierto que piensas quedarte como su asesor, recibiendo un salario de ellos, como condición impuesta por ti para venderles?

- Si así fuera, tampoco estaría haciendo nada que vaya en contra de lo que legalmente puedo o no puedo hacer.

- Si, tienes razón y no es ese mi reclamo. Mi preocupación es que a ti te importan un comino las personas que allí trabajan, pues en vez de buscar soluciones, de traer a esta mesa ideas, que

nos ayuden a volver nuevamente productiva esa sucursal y proteger así el trabajo de los empleados, te has ido por la vía fácil que además te conviene: vender, pues así te ganas una muy buena comisión, además de un ingreso extra como asesor de los nuevos dueños.

Sus palabras, aunque duras, fueron dichas con total serenidad.

- ¡No te voy a permitir que dudes de mí! Carlos la miraba fijamente con ojos coléricos.

- No te responderé a eso tío. Solamente diré que me opongo completamente a esa venta, y que siendo tan buena la situación general de nuestros negocios, bien podemos dedicar algo de tiempo y dinero diseñando estrategias que nos permitan mantenerla a flote, mientras las cosas mejoran.

- Mirando a su alrededor dijo. espero que estén de acuerdo conmigo en esto. Al ver que todos asintieron, agregó: Por favor tío Carlos, te pido que tanto tú como tus asesores, con la supervisión del Sr. Santana –todos miraron a quien sabían era su mano derecha – preparen algo lo suficientemente bueno para lograr ese fin.

- Programemos reunirnos nuevamente en una semana para ver este asunto, ya que por habernos distraído buscando otros caminos, ahora se ha vuelto urgente.

Con unos, buenos días, se levantó, y abandonó la sala de juntas.

Cuando entró a su despacho, se sentó en su sillón y con una sonrisa de oreja a oreja, se felicitó, ¡lo hice! En ese momento tocaron suavemente a su puerta y entró el Sr. Santana quien también sonriendo le dijo.

— ¡Muy bien, Srta. Elena!

- ¿Y qué comentaron?

- Absolutamente nada. Solo nos pusimos de acuerdo para comenzar a trabajar.

Ella, sin embargo, sabía bien que acababa de echarse, ahora sí de una vez por todas, un enemigo poderoso: su tío.

Regresó a su casa despacio. De hecho varió un poco la ruta usual –cosa por demás aconsejable – aunque ella lo hizo más que nada para tener tiempo de pensar, no solo en lo sucedido este día en la oficina, sino incluso en su propia vida.

Recordó que tenía en su bolsa de mano una invitación para asistir a una exposición, que además de tratarse de un pintor nobel al que se le auguraba mucho éxito, también se iba a llevar a cabo con fines benéficos. Desistió de la idea, pues no le hacía mucha gracia ir a un lugar donde seguramente sobraría el bullicio. Le apetecía más visitar aquél café que tantos buenos recuerdos le traía de su época de juventud, y que seguramente a esta hora de la tarde ya estaría libre de estudiantes. Aparcó su coche lo más cerca posible de la entrada, y ya al descender, se dio cuenta que los años no habían pasado en vano, pues todo, incluso la parte exterior, era diferente. Sin embargo decidió entrar.

Un lugar realmente agradable, y aunque había varias personas sentadas, apenas si se escuchaban suaves rumores de voces, con agradable música instrumental como fondo. Mientras se dirigía a tomar asiento, pudo reconocer al hombre de mediana edad que estaba detrás de la barra. Era el mismo dueño de aquélla cafetería que recordaba tan diferente.

Se le acercó un camarero, y una vez que hubo hecho su pedido le preguntó.

- ¿Este lugar está muy cambiado, verdad?, yo venía en mi época de estudiante y me he quedado muy sorprendida, pero el dueño, ¿si es el mismo?

- Si señorita, es la misma persona que ha tenido este negocio por años. Solo que desde hace como cinco, lo remodeló por completo.

Al parecer el camarero le hizo algún comentario, ya que Elena vio como salía de detrás de la barra y venía hacia ella con lo que debía ser su pedido.

- Disculpe, me dice el joven que era Ud. cliente de este café, es que a mi me pareció reconocerla cuando entró.

- Pues sí que lo era, pero imagínese, cuando estudiaba preparatoria, ha llovido mucho desde entonces.

El hombre, extendiéndole la mano se presentó: José Cáceres, y ella haciendo lo propio: Elena de la Fuente.

- Pues sea bienvenida señorita, está Ud. en su casa; y se retiró de inmediato.

- ¡Vaya! pensó, parece que di con el lugar ideal para cuando quiera estar sola y tomarme un buen café y unas pastas, por cierto deliciosas. En ese momento leyó en el mantelito que le habían puesto, el nuevo nombre del lugar: Tazza d'oro. En alguna parte he visto yo este nombre, se dijo.

Llegó a la casa, y fue directamente a la habitación de su padre, encontrándolo leyendo tranquilamente y con buen aspecto.

- Qué bueno que llegas hija, te estaba esperando.

- ¿Qué sucede papá?

- Nada de particular, pero es que hablé con Santana.

- ¡Caray!, respondió Elena, no me digas que te ha llamado expresamente. Yo que quiero evitarte preocupaciones.

- No, nada de eso, lo llamé yo para saber cómo había estado la reunión de hoy, pues cuando marqué a tu oficina ya habías salido a comer y me mencionó algo. Solo que al darse cuenta que no sabía nada, me dijo. ya lo pondrá su hija al corriente, agregando: solo le comento que estuvo magnífica. Así que cuéntame, por favor.

- Pues la verdad papá es que pasé un momento desagradable con el tío Carlos, todo por la venta de la sucursal foránea, ya sabes, algo habíamos hablado de ello.

- Si, si, lo recuerdo perfectamente, pero yo no pensé que lo de vender fuera una cosa ya decidida.

- Eso es justamente papá, por eso me molesté tanto. Yo esperaba que él presentara algunas alternativas o sugerencias para no tener que deshacernos de ella, y además algo que protegiera a los empleados, pero no.; se les fue directamente a la yugular. Ni siquiera había pensado en las personas, solo estaba interesado en su comisión, y seguramente en la asesoría que les daría a los compradores posteriormente.

- ¿Y? ¿Cómo solucionaste esto?

- Sencillamente le dije que estaba completamente en contra de esa idea, que nuestra solvencia económica era lo suficientemente sólida como para afrontar un contratiempo, y que antes de echar a la calle a doscientas treinta personas, esperaba que me presentaran soluciones prácticas para salvarla, agregando que deseaba que él con sus asistentes, supervisados por el Sr. Santana, pudieran diseñar un plan viable, y presentarlo dentro de una semana, pues era algo que urgía. Estoy segura papá que ahora si me lo eché de enemigo jurado, ¡pero ni modo!

- No lo dudo hija, Carlos es una persona difícil, y se perfectamente que tú nombramiento le cayó como balde de agua fría, y a pesar del tiempo pasado no se ha conformado, es más, estoy seguro que esperaba verte caer estrepitosamente. Yo le ofrecí una pequeña fortuna por sus acciones, y no aceptó.

- Cuanto me hubiera gustado que fuera mi mano derecha, que estuviera a mi lado leal y solidariamente, y sin embargo, eso, que es tan importante para mí, lo encuentro en un extraño como lo es el Sr. Emilio Santana, pues a pesar de los años que lleva trabajando con nosotros, no deja de ser una persona ajena.

- Así es la vida hija. Te recuerdo que debes cuidarte mucho de él, aunque sé que hay algunas personas que lo observan de cerca.
- Desgraciadamente no ha hecho muchos amigos. Por cierto, ¿no vas a cenar?
- No papá, estoy cansadísima y deseo acostarme, acercándose para darle un beso de buenas noches.

## Cap. V

Elena aceptaba que tenían razón cuando le decían que era demasiado joven para hacer una vida casi monacal, pues fuera de los compromisos de trabajo, tenía muy poca actividad social, y mucho menos después que su padre había mostrado signos de desmejora en su salud, pero viendo que él se encontraba bastante recuperado, decidió aprovechar un largo puente de descanso que se aproximaba, para irse varios días a su casa de la playa, para lo cual había invitado a su amiga de toda la vida, Roberta Campos. Así que esa tarde decidió ir de compras.

Pocas veces salía de tiendas, pues tenía por costumbre equiparse de ropa cada vez que viajaba al extranjero, pero quería estrenar algo hermoso, y se sentía optimista, entusiasta con estas mini vacaciones, así que se tomó parte de la tarde para hacer un buen recorrido por el centro comercial. Compró un par de biquinis, algunos pareos, además de protector solar, y tomó al paso un hermoso sombrero de paja que le llamó la atención. Algo cansada y sedienta, pensó que le vendría bien hacer de nuevo un descansito en el encantador café Tazza d'oro, antes de llegar a su casa.

Apenas se había sentado y pedido un espumeante capuchino con pastas —y por favor, un enorme vaso con agua — cuando un hombre alto, vestido deportivamente, se le acercó diciéndole, disculpa, pero ¿no eres Elena de la Fuente?

— Sí, soy yo, ¿y tú?

— ¿No me recuerdas?, estudiamos juntos, bueno, yo terminaba la preparatoria cuando tu apenas comenzabas, después me fui a la universidad y no volvimos a vernos. Soy Francisco José Inhiesta. Yo te reconocí no mas entraste, ¿puedo sentarme?

— ¡Claro, por supuesto!, y cuéntame, ¿qué has hecho?

—Pero no me recuerdas, ¿verdad?

—Pues francamente, no.

—Vaya, vaya, sigue siendo como entonces; fuiste mi primer amor platónico—imposible y ahora entiendo porqué.

- ¿Y por qué será?

- Porque ni antes ni ahora, jamás me viste.

- Ambos rieron al unísono.

- No me dirás que ya te casaste.

- Pues no, la verdad no. aunque creo que debo apurarme si no me quiero quedar para vestir santos, rio Elena, ¿Y tú?

- Pues fíjate que yo sí, una vez, pero lamentablemente creo que fue cosa precipitada, enamoramiento de juventud y no funcionó. Hace poco más de un año que nos divorciamos. Para bien o para mal, según se vea, no tuvimos hijos.

La conversación fue de lo más amena y entretenida, él le dijo que era ingeniero civil, y que desde hacía algunos años tenía una empresa constructora.

- ¿Conoces el nuevo edificio que se está construyendo en la Avenida de la República?, bueno pues ese es de nosotros; pensamos montar nuestras oficinas en el pent—house y rentar el resto.

- Vaya, que bien. Pues yo trabajo en la empresa familiar; tal vez hayas oído hablar del Grupo de la Fuente.

Un par de horas después se despedían, no sin haberse intercambiado teléfonos y quedar de

hablarse; en la semana si te parece, le dijo él.

Trató de pensar si lo recordaba de algo, y concluyó que no. Cosa curiosa, él la reconoció de inmediato y para ella, él era un completo desconocido. Llamó a Roberta y le preguntó.

- Tu recuerdas o conoces a Francisco José Inhiesta?

- ¡Claro que si mujer! ¿Por qué? ¿Tú no?, bueno debe ser que como te fuiste a estudiar al extranjero. Es más, se casó con una amiga, Clara Infante. Era apenas un año mayor que nosotras. Yo fui a su boda; por cierto que ya se divorciaron ¿Por qué la pregunta?

- Porque me lo encontré esta tarde y me reconoció no más entré a una cafetería y se acercó a saludarme, bueno, realmente a presentarse, pero yo, para nada.

- ¿Sí?, ¡Vaya que suerte! Es buenmocísimo ¿No te pareció?

- Pues sí, no está mal. ¿Y tú, ya estas preparada para el viaje? Paso por ti pasado mañana antes de las 8 para ir al aeropuerto, así que está lista.

- Si, por supuesto, no te preocupes, hablamos en el día.

Las mini vacaciones fueron maravillosas, descansaron, bailaron —en ese ambiente nocturno tan propicio de una zona de descanso VIP— conversaron de todo, y se encontraron con amigos, con los que lo pasaron estupendamente.

Roberta era una joven abogada bastante exitosa, que se desempeñaba en un importante bufete, pero que a la vez, prestaba servicios pro—bono en un par de instituciones de *asistencia social al menor*, asunto que ella encontraba estaba sumamente desasistido por los organismos oficiales, siempre con la excusa de la falta de fondos. Gracias a los apoyos desinteresados de personas como ella, y de ciertas empresas que no eran indiferentes a la problemática, habían podido sostenerse, aunque precariamente, pues era sabido que otras habían tenido que cerrar sus puertas; sentía ella, más por desidia oficial, que otra cosa.

- Bien lo sabes tú, le dijo, cuando te pedí apoyo económico, aun conociendo tú compromiso con el asunto del medio ambiente.

- Si, lo sé. Creo que lo menos que podemos hacer las personas que de alguna forma nos ha tocado vivir una situación de privilegio, y especialmente a los que somos jóvenes, es mostrar, no solo solidaridad firmando un cheque, sino participar activamente en cuestiones sociales

que puedan significar una mejora a la vida de los más necesitados, pues eso redundará en beneficios a mediano plazo para nuestro país. Creo que no hay mejor inversión que la que se hace en apoyo de las personas, especialmente para los jóvenes, que son el futuro.

- Y cuéntame, le dijo Roberta. ¿Si volviste a saber del guapèrrimo de Francisco José Inhiesta?

- Pues fijate que me llamó al día siguiente preguntándome que planes tenía para este largo fin de semana. Le conté más o menos lo que iba a hacer, y entonces me dijo: ¿qué te parece si te llamo la semana próxima? Me encantaría invitarte a comer. Yo le respondí, bien, llámame, y así quedamos. Pero la verdad, no se...

- Nada, nada, si te cae bien, ni lo pienses. No lo conozco demasiado, pero si puedo asegurarte que siempre me ha parecido un caballero. Incluso la forma tan discreta como manejó lo de su divorcio; en fin, date la oportunidad de tratarlo.

- Bueno, veremos; ya te contaré.

## Cap. VI

Comenzó la semana con mucho trabajo, pendiente más que nada de la nueva junta que habían pactado para el jueves. Un par de veces se encontró en los pasillos con su tío, quien apenas la había saludado haciendo un gesto con la cabeza, pero sin detenerse a hablar con ella. Sin embargo, el Sr. Santana la mantenía informada del avance de las opciones que se estudiaban para ponerlas a consideración del grupo tal como habían quedado. Se ha trabajado en ello durante este descanso, y al estar las oficinas vacías, hemos adelantado mucho. Según veo, le dijo, existen muchas probabilidades de que podamos salvar la sucursal, y lo que a Ud. tanto le preocupa: el trabajo de los empleados. Por lo pronto ya supe que Carlos les dijo a los compradores, que de momento se suspendía la venta, pidiéndoles unos días para reanudar las conversaciones.

Elena entró a su despacho y mientras su secretaria que la siguió, le daba cuenta de ciertos pormenores para el día siguiente, ella se servía una taza de café, preguntándole a la joven:

— ¿Marina, quieres una?

— No Srta. Elena, gracias. Por cierto, la llamó el Sr. Inhiesta, va a volver a llamar en un rato.

— Cuando lo haga, le respondió, dile que yo lo llamaré.

Al quedarse sola miró a su alrededor. Hacía lo que le gustaba, estaba donde quería... jamás se sintió presionada para tomar el mando de todo este imperio, sin embargo, no dejaba de sentir como si algo le faltara, ¿que sería, soledad? ¡Qué tonta eres mujer, si apenas vas a cumplir 32 años!, se recriminó. Antes de salir le dijo a Marina: —recuérdame por favor en cuanto llegue mañana, que debo llamar a Florencia. ¡Tenía enormes deseos de escuchar la voz de su hermano! Si no fuera por la diferencia de horario, lo llamaría ahora mismo.

La junta comenzó tal como Elena lo había imaginado. Su tío y la gente de su equipo tomaron asiento muy serios, lo cual era visiblemente distinto a la actitud del grupo del Sr. Santana que entraron a la sala hablando y riendo entre ellos. Una vez que todos estaban alrededor de la gran mesa, con Elena a la cabecera, y justamente cuando el tío Carlos iba a tomar la palabra, se abrió la puerta y con un: —¡muy buenos días!, entró el Sr. de la Fuente.

Todos lo miraron sorprendidos y Elena, que no tenía idea de que asistiría, se levantó casi de un salto diciendo ¡papá, pero que gusto que hayas venido!, cediéndole su lugar y sentándose ella a su derecha. Tomándole de la mano le dijo: te ves muy bien.

El Sr. De la Fuente les hizo un breve ademán para que tomaran asiento, mientras su hermano se ponía de pie y acercándose a la gran pantalla en la pared, comenzó a explicar.

Lo que expuso fue tan claro y tan lleno de posibilidades y factibilidad de éxito, que en forma totalmente espontánea, los presentes, sin excepción, prorrumpieron en un fuerte aplauso, mientras se miraban unos a otros, dando señales de asentimiento.

Tomando la palabra y mirando a su hermano fijamente, dijo Don Rodrigo:

—No saben cuánto me alegra darme cuenta que sencillamente aunando inteligencia y recursos, podemos dar un vuelco hacia lo positivo a una situación que ya habían considerado desesperada e inevitable, y que hubiera significado un duro golpe para tantas familias.

Seguramente tardaremos un poco en volver a obtener ganancias de esa sucursal, pero es seguro que con las medidas que han tomado tampoco nos dará pérdidas, y se que esa espera será recompensada con creces, solo con la tranquilidad que nos da saber que no engrosaremos la cifra de desempleados del país, que ya es bastante significativa.

Mirando directamente a Carlos le dijo:

—Felicidades, realizaste un excelente trabajo. El hermano solo asintió con una leve inclinación de cabeza, respondiendo.

—No fui solo yo; el mérito es realmente del equipo que trabajó duramente.

—Pues entonces mi agradecimiento a todos, agregó el Sr. de la Fuente, con una amplia sonrisa. Las palabras de Don Rodrigo parecieron distender el ambiente que había estado un poco tenso.

Continúo Don Rodrigo:

— Antes de dar por finalizada la reunión, quiero decirles que probablemente esta sea la última junta a la que asista, pues se perfectamente que mi hija se basta y sobra para dirigir la empresa, pero quise hacer hoy acto de presencia, para dejar constancia de las medidas que hay que tomar cuando se suscite otro caso similar. O sea, que mientras haya la menor posibilidad de salvación, antes de ir directamente a lo fácil; deshacernos del estorbo, se deben agotar todas las opciones. No quiero por ningún motivo que lo que tanto trabajo y desvelos me ha costado, se convierta en una empresa deshumanizada, que mira solo por sus intereses económicos. Estoy consciente que es un negocio y que tenemos inversionistas a los que dar cuentas, pero siempre pueden lograrse arreglos que a la postre terminen beneficiándonos a todos, aunque en los primeros meses, como es el caso de esas oficinas que nos ocupan, por ejemplo, produzcan apenas lo necesario para ser autosustentables.

Uno a uno se fue levantando, acercándose al Sr. de la Fuente para desearle un pronto restablecimiento, mientras Carlos recogía sus cosas. Cuando el último ya salía, Don Rodrigo dijo:

—Carlos, Emilio, ¿se quedan un momento, por favor? Mira Carlos, no es mi intención reprocharte, no quiero hacerlo realmente, pero en esta ocasión no me dejas opción. Estuvo muy mal hecho el que prácticamente decidieras la venta de las oficinas sin consultar con Elena, que bien sabes que además de la Presidenta del Consorcio, es la socia mayoritaria.

- Pero la venta no estaba decidida, además yo también tengo una posición aquí que me da ciertas libertades y autonomía.

- Si, no lo discuto, pero hay cosas que incluso por el simple hecho de mantener un buen ambiente laboral, deben ser discutidas, consultadas, no presentarlas como algo ya casi consumado, máxime cuando tu mismo, que participaste activamente estos días en la elaboración del plan de salvamento, has dejado evidente que tienes la capacidad para hacerlo, y no irte por tu conveniencia, por el puro amor al dinero fácil. Te lo voy a repetir nuevamente Carlos: si el que Elena sea la presidenta del grupo es algo que se te hace difícil de aceptar, véndeme tus acciones, que seguramente con ese capital podrías independizarte cómodamente, y así trabajar a tu gusto.

- Tal vez algún día lo acepte. Me alegra verte tan recuperado. Y tomando sus cosas, salió sin añadir nada más.

- Emilio, te ruego estar pendiente de los movimientos de mi hermano, (mirando a su hija). Elena es muy inteligente, lo sabemos, pero también es confiada, especialmente porque se trata de su tío, y creo que se le hace difícil aceptar que él sería capaz de hacerle algún daño, pero yo sé que sí.

- No se preocupe Don Rodrigo, que así se hará; es más, así se está haciendo.

Al siguiente día, no más llegó a su oficina, Marina la comunicó con su hermano.

— Rodrigo, ¡cuánto me gustaría tenerte cerca!

— ¡No me digas que le pasa algo a nuestro padre!

— No, tranquilízate. Es que no dejan de suceder ciertas cosas en la empresa que me preocupan. ¡Sería tan maravilloso tener tu apoyo!, y dime, ¿cómo van tus asuntos?

— Pues mi padre se ha puesto muy delicado en los últimos días; la verdad, tenemos lo peor.

— ¡Como lo siento! Dale mis saludos a tu madre, y por favor, manténnos informados de cualquier cosa.

— Claro que así lo haré, y tú no dejes de llamarme cuando algo te preocupe. Aunque estemos lejos haré mi mejor esfuerzo por aconsejarte, o cuando menos, darte mi apoyo incondicional.

— Te envió un abrazo, y ya sabes, no dejes de llamar.

— Besos hermana.

Cuando terminó de hablar, le dijo a Marina, por favor, comunícame con el Sr. Francisco José inhiesta.

- ¡Vaya, pero que gusto escuchar tu voz!

- Quería disculparme, se que quedé en llamarte, pero he estado tan ocupada, ¿te parece si almorzamos?

- Si no te importa, preferiría invitarte a cenar... ¿a que horas paso por ti?

- Me agradaría más que nos viéramos en el restaurante.

- Como gustes... ¿A las 8 en Devalo's?

- Está bien, allí estaré.

Se enfrascó en su trabajo como era habitual, y como a las 2 de la tarde se dijo: voy a comer algo ligero y me pasaré por el salón de belleza. Necesito peinado y manicure. A pesar de que siempre andaba impecablemente vestida, Elena no pudo evadirse de esa condición tan femenina, de verse lo mejor posible en su primera cita con un hombre que, francamente, le agradaba mucho.

Evidentemente deseaba causarle una buena impresión, aunque no estaba muy segura del porqué, pues la verdad no se había planteado iniciar una relación de momento, pero lo cierto es que este hombre tan directo, de sonrisa y mirada franca, atento y aparentemente caballeroso, había llamado su atención, más de que lo que tal vez quería aceptar. Se decidió por un vestido sencillo, pero de color rojo, lo que ya era suficientemente llamativo, y como estaban en pleno verano, calzó unas sandalias altas y tomó un pequeño bolso. Sin joyería casi, y con un maquillaje de apariencia natural, entró a Devalo's. Apenas iba a responder al camarero que la recibió, cuando divisó a Francisco José que le hacía un gesto con su mano y se ponía en pié para recibirla.

Hablaron de todo. De sus viajes, de amigos comunes o más bien conocidos de ambos, muchos de ellos desaparecidos del entorno habitual, de novios y novias; en fin, que las horas se pasaron volando, y cuando él le propuso ir a algún otro lado, a bailar un rato y tomar una copa, ella le respondió sinceramente:

—No sabes cuánto me encantaría y te prometo que si me vuelves a invitar, lo haremos, pero mañana tengo mucho trabajo y además, para serte franca, estoy un poco preocupada por la salud de mi padre.

- ¿Qué si vuelvo a invitarte?, sonrió. No lo dudes. Por cierto, espero que lo de tu papá sea algo pasajero.

— Lamentablemente, no lo es. Superó un infarto y estuvo bien algunos años, pero desde hace poco lo veo cansado, aunque él trata siempre de poner su mejor cara.

— Lo siento, de veras. Voy a salir fuera por un par de días. A mi regreso te llamo ¿te parece?

— Por supuesto.

El la acompañó a su auto y se despidieron con un abrazo y un beso en la mejilla.

La nana la estaba esperando cuando llegó.

- ¿Y mi papa?,

- Ya se durmió.

- ¿Pero, no es temprano?, ¿se ha sentido mal?

- Niña, ya son las doce, él quería esperarte despierto, pero yo le aseguré que no me

acostaría hasta que llegases. Así lo convencí para que se acostara.

- ¡Vaya con Uds. por Dios!, me tratan como si fuera una niñita. ¡Ya crecí nana!, le dijo mientras la abrazaba.

## Cap. VII

Su padre la preocupaba mucho, y con frecuencia se hacía mil conjeturas, como que sería de su vida cuando el falleciera. Y aunque trataba de prepararse para lo que seguramente sería inevitable, no podía dejar de sentir una premonición vívida de soledad. Ese algo que se te escapa de las manos y sobre lo que no tienes ningún control; lo conocido, lo habitual, lo que ha sido tu vida desde niña, de pronto da un giro de ciento ochenta grados y te proporciona un sacudón del que no hay escapatoria.

Consciente de sus privilegios, del amor del que siempre estuvo rodeada, y a pesar de que sabía que seguiría contando con el cariño incondicional de su nana, la unión que mantenía con su padre; su mejor amigo, su cómplice, relación que se había hecho más íntima y cercana después de la muerte de su madre, estaba plenamente segura que todo esto conformaría un golpe terrible si él llegara a faltarle. Así que desde ya, se propuso fortalecer su espíritu – sé que esto es lo que mi padre espera de mí – y comenzar a ver la muerte como parte natural de la vida; como una nueva etapa en la evolución del ser humano, una transición. Deseaba con todo su corazón que este momento tardara lo más posible, pero también quería que la encontrase sólida y fuerte, y que el profundo dolor que sabía inevitable, lo pudiera asimilar con la mente clara y el corazón tranquilo, convencida que lo menos que él querría sería que se hundiera en un sentimiento desolador. Además, bien sabía ella cuanto lo amaba y como se preocupaba por él cada minuto del día, así que no tenía nada que reprocharse.

Este pensamiento, esta decisión que de solo pensarla le estrujaba el alma, la confortó sin embargo, por lo que se quedó profundamente dormida, hasta que la nana la despertó descorriendo las cortinas y diciéndole:

— ¡Anda niña, que tienes una junta temprano!

Desayunó con su padre contándole los pormenores de su cita con Francisco José, pues aunque él jamás le hacía preguntas que pudieran parecerle entrometidas, sabía que le encantaba estar al tanto, y a ella, la verdad, le divertía mucho compartir muchas de sus cosas con él, quien parecía recuperar la juventud con las historias de su hija.

Una nueva preocupación llegó a la vida de Elena debido a la súbita muerte del médico de cabecera de su padre— además de amigo por más de 20 años— en un terrible y estúpido accidente. ¿Cómo decirle sin afectarlo demasiado? Sin embargo, gracias a esa vida interior, a la fortaleza espiritual que siempre había caracterizado al Sr. de la Fuente, el asunto fue más sencillo de lo esperado por ella, quien no dejaba de asombrarse de las sorpresas que siempre lograba darle, a pesar de conocerlo tanto.

Hablando del asunto en una junta, su tío Carlos le dijo que “justamente, un amigo, médico cardiovascular, que ha ejercido los últimos años en Houston, acaba de llegar para establecerse definitivamente aquí”. Si te parece, agregó, se lo presentamos a mi hermano y si está de acuerdo, puede seguir su tratamiento con él.

Bien, respondió ella. Hagamos una cita.

Y si, a pesar de ser un hombre aún joven, el Dr. Maximiliano Campos le cayó maravillosamente al Sr. de la Fuente, al cual le hizo entrega de su expediente médico, poniéndose en sus manos a partir de ese momento. El médico, que había instalado su consultorio en su casa, le dijo que para operar lo hacía en el hospital X, mencionando uno de los más famosos del país.

Después de varios estudios, su nuevo doctor le sugirió la posibilidad de una operación que disminuiría el cansancio y agotamiento, dándole una mejor calidad de vida. El Sr. de la Fuente le respondió que estaba enterado de esa posibilidad, pero que su amigo fallecido siempre le había recomendado esperar, pues debido a otros problemas de salud que aunque menores, presentaba,

podrían correrse algunos riesgos, recomendándole aguardar a sentirse más fuerte antes de proceder con esa intervención. El Dr. Campos le dijo que no existían tales riesgos—solo los normales en una cirugía mayor—y que los métodos y procedimientos habían avanzado mucho, garantizándole que era seguro.

—Esto es algo que he hecho en Houston infinidad de veces, con éxitos superiores al 95%, claro, que tomando todas las medidas necesarias, y aún en pacientes mayores que Ud., y con más complicaciones.

A pesar de que el Sr. de la Fuente decidió esperar, llamó a otro viejo amigo y empleado, el Lic. Gómez—Carrasco, pues deseaba realizar algunos cambios en su testamento. El abogado sabía de la existencia de ese hijo que incluso ya se mencionaba en dicho documento, pero Don Rodrigo pensaba agregar algunas modificaciones e incluir otros asuntos. Quería que, en el caso de decidirse por la operación, tener todas sus cosas en orden, así como ciertos detalles que necesitaba consultar con su hija respecto del futuro.

Durante este tiempo, Elena y Francisco José estrecharon más su relación. Se veían asiduamente, invitándolo a cenar en su casa un par de veces, con mucha alegría por parte de su padre que se llevaba maravillosamente con el joven. En alguna ocasión, al ella llegar de la oficina, los encontró muy enfrascados en la biblioteca ante un tablero de ajedrez.

A las preguntas que solía hacerle de vez en cuando su amiga Roberta, sobre si estaba enamorada, ella respondía:

—La verdad, no lo sé, pero si me siento maravillosamente con él; es atento, cariñoso, encantador, además a mi padre le cae bien, pero creo que aún no estoy muy segura de mis sentimientos.

Pocos meses después, y luego de haberse realizado los últimos exámenes de rigor, el Dr. Campos le dijo a su padre, que según mostraban los resultados, no había porqué demorar más la intervención.

—Le va a cambiar la vida, Sr. de la Fuente. Él miró a su hija con ojos ilusionados;(una mirada que Elena no podría olvidar). Solo de pensar que puedo volver a hacer una vida prácticamente normal, dijo. ¿Qué te parece?

Ella, mirándolo igualmente entusiasmada, le dijo tomándolo de la mano.

— ¡Claro papá! Tenemos que ser positivos y si el doctor asegura que no hay peligro...

Y así se hizo, pero lamentablemente, el Sr. Rodrigo de la Fuente, falleció en la mesa de operaciones.

## Cap. VIII

Todas las explicaciones médicas fueron dadas. El paciente sufrió un paro cardíaco masivo, y a pesar de los esfuerzos, etc., etc., Elena jamás, jamás, quedó satisfecha y sin saber por qué razón realmente, pero lo cierto, es que su corazón no se conformaba

Llegó Rodrigo Jr. de Italia – el joven había perdido a su padre adoptivo un par de meses antes – y después de los funerales y el luto debido, el Lic. Gómez—Carrasco convocó a varias personas para la lectura del testamento. (Vale decir, que la presencia del joven fue motivo de velados comentarios durante lo funerales, pues nadie podía reconocerlo –el asunto de su nacimiento había quedado sepultado por los años — ni se dieron explicaciones, amén de que no era el momento adecuado. Solo el tío Carlos sabía perfectamente de quien se trataba, aunque ellos lo ignoraban).

Se les solicitó comparecer a un par de altos directivos de la empresa –entre ellos el Sr. Santana – además de Carlos, la nana, Elena y su hermano. Al entrar el tío a la biblioteca y a pesar de saber quién era Rodrigo, decidió no dar un paso en falso preguntando, prefiriendo fingir ignorancia. Esperaría a que su sobrina se lo presentara.

Cuando ella le dijo:

—Tío, creo que ya te habrás imaginado quien es él, a pesar de que lo viste por última vez siendo muy pequeño. Se trata de Rodrigo, el hijo mayor de papá, no pudo evitar una expresión de desagrado que quizás solo Elena notó, a la vez que su tez se ponía lívida. Sin embargo, le dio la mano como un simple gesto de cortesía, sin agregar nada al saludo de rigor.

La lectura comenzó con unas palabras muy sentidas del Sr. de la Fuente, donde se dirigía a “sus hijos”, haciendo un breve paréntesis para explicar quién era Rodrigo, agregando que lo “reconocía nuevamente” como su hijo legítimo (el abogado mostró la vieja acta de nacimiento al), indicando que se anexaba además una prueba certificada de su ADN, y que solo bastaba que él lo deseara para que retomara el apellido que le correspondía. Elena no dejaba de llorar ni por un segundo.

Agregaba el documento indicaciones varias a lo directivos, donde se les instruía que a partir de ese momento la presidencia de las empresas sería compartida por sus hijos –si el joven decidía quedarse y tomar la responsabilidad –además de la forma como sería repartida la herencia; todo esto, decía el testamento, ya previamente platicado con su querida hija Elena. Se le aseguraba la vejez a la nana, además de otros pormenores generales, incluyendo una “recomendación” al tío Carlos sobre “cuanto te agradecería apoyes a mis hijos”.

Terminada la lectura, Carlos de la Fuente se levantó de su asiento acercándose primero a Elena para darle un abrazo. Seguidamente extendió su mano hacia Rodrigo diciéndole:

—Bienvenido, en lo que pueda servirte, estoy a tus órdenes, agregando; si me disculpan, tengo que retirarme.

Todos se quedaron para ultimar ciertos detalles, excepto la nana, quien dijo iba a hacer lo que según ella mejor sabía; ordenar que se sirviera un refrigerio.

A una pregunta directa del Sr. Santana, Rodrigo confirmó que si, que deseaba quedarse, aunque en unos días volvería a Italia para concluir ciertos asuntos, y luego regresaría para establecerse definitivamente. Su hermana lo miraba sonriente, mientras se tomaba de su brazo con fuerza.

Durante todos estos días pasados; operación, fallecimiento, sepelio, etc., Francisco José no se había separado de Elena, y parecía que con su hermano también había simpatizado.

Rodrigo asistió a la junta que se convocó justamente con el fin de presentarlo a los socios — que aunque discretos, se notaba el asombro en algunos de ellos— así como la incomodidad de Carlos era fácilmente percibida tanto por el joven, aunque apenas lo conocía, como por Elena y el Sr. Santana, lo cual Rodrigo toleró con completa indiferencia, sabiendo ya por su hermana como

estaban las cosas con el tío, quien jamás hizo ningún acercamiento mas allá de lo convencional, y mucho menos lo invitó o procuró tener algún contacto personal con él.

El día que anunció oficialmente que se iría a Italia “por varias semanas”, en presencia del Sr. Santana, Elena y Carlos, eso si pareció interesarle, y en un momento oportuno, se apartó con él hacia un lado preguntándole si realmente estaba decidido a afrontar las obligaciones de la empresa, si no le significaría abandonar todo lo que había sido su vida hasta ahora, dejándole entrever, sin decirlo directamente, que sus acciones valían muchísimo y que habría personas interesadas en pagar muy bien por ellas. Rodrigo, muy diplomáticamente no respondió ni si, ni no, y se retiró con una sonrisa.

Cuando se lo contó a Elena, esta trataba del enojo.

— ¡Como se atreve! No existen compradores, ni nadie osaría acercarse a ti así no más, de la nada. Es él, el que está interesado en ellas. Se sentiría feliz si pudiera tener un mayor control de la empresa, ¡pero no lo va a lograr!

- Por supuesto que no hermana, le respondió; nuestro padre se revolcaría en su tumba si yo hiciera algo como eso.

- Gracias hermano. Y por favor, trata de hacer lo más breve posible tú viaje. Y tu madre, ¿crees que querrá regresar a vivir acá?

- No lo creo. Ella ya está habituada a su mundo en Florencia, sin embargo no descarta la posibilidad de tener

también una casa aquí, para mí, y para cuando desee venir.

- Pero, tú no necesitas casa, ya tienes una.

- Mira, ambos somos adultos, necesitamos hacer nuestra vida, y al no estar ya papá – a Elena se le llenaron los ojos de lágrimas pensando cuando le hubiera gustado a su padre oírse llamar así— es mejor que cada quien tenga su espacio. Máxime que vamos a vernos a diario en el trabajo.

- Si, tienes razón. Por cierto, cuando regreses, determinaremos bien las funciones de cada uno, pues hay cosas que serían ideales para que tú las llevaras.

- Si, algo ya me adelantó el Sr. Santana.

## Cap. IX

Cuando Rodrigo se fue, Elena volvió a sumergirse de nuevo en sus actividades. Su única distracción era la compañía del novio que diariamente la llamaba. O bien almorzaban o cenaban juntos, y otras veces, sencillamente se iban a la casa de ella, donde la nana más que feliz los atendía y consentía, ofreciéndoles de todo.

Una noche, sentados afuera en la terraza, Francisco José le habló diferente, distinto a lo usual. Comenzó preguntándole.

- Elena, ¿tu realmente me amas?

- Ella se quedó mirándolo fijamente, respondiéndole con otra pregunta:— ¿porque me dices eso?

— Porque yo si te amo, y francamente después de tantos meses de vernos casi todos los días, siendo adultos como somos, no encuentro lógica nuestra relación que más parece de amigos.

— Te refieres al hecho de que no tenemos intimidad.

— Exactamente. No es natural Elena. Yo te he respetado, y no te he dicho nada o hecho alguna insinuación, porque no he visto receptividad en ti, además que he sido prudente también debido a los sucesos recientes, pero creo que ya llegó la hora de que hablemos de nosotros. Yo realmente necesito saber a que atenerme.

— Lamento decirte que no estoy segura de lo que siento por ti. Estoy a gusto contigo, te extraño, cuando no nos vemos, me inspiras mucha confianza, e incluso no me desagrada que nos besemos, todo lo contrario, pero también yo me he hecho esa pregunta algunas veces.

— Mira, hagamos algo. Yo tengo que viajar por una o dos semanas. Te propongo que no nos hablemos en ese tiempo y cuando regrese, retomamos el tema. Así tienes oportunidad de valorar mi ausencia, de darte cuenta si echas en falta al amigo o al hombre. Yo respetaré tu decisión.

No mas entró a su habitación, marcó un teléfono. Amiga, ¿podemos comer mañana?

Se reunió con Roberta para desayunar, debido a sus compromisos. Tan clara como siempre, y yendo directamente al grano, le dijo:

— ¡No lo amas!

— ¿Pero por qué lo crees? insistía Elena.

— Sencillamente porque no es natural amiga, no es natural...

— ¡Vaya mujer, son sus mismas palabras!

## Cap. X

Ese fin de semana decidió irse a la casa de la playa a descansar, sola. El torbellino en el que se había visto sumida su vida, la tenía agotada; le hacían falta tanto su hermano como Francisco José — sus apoyos más solidarios y firmes últimamente — y un par de días de soledad, seguramente equilibrarían su ánimo.

En la tarde se sentó en la terraza con un vodka—tonic y algunos entremeses, colocando la lap—top sobre sus piernas. Ella, muy dada a escribir cuando se sentía triste o sola, había dejado de lado esa sana afición que tanto la confortaba. Su pensamiento voló hacia la figura paterna, recordando como la animaba cuando era niña para que escribiera sus poemas, cuestión por cierto que era como un secreto entre ellos, pues a Elena le daba vergüenza.

La imagen de su padre muerto se le hizo presente, y aquél sentimiento de desconfianza que había tenido ante las explicaciones médicas retomó forma en su mente. Entró a Internet, buscando el nombre del Dr. Maximiliano Campos, cirujano cardiovascular, agregando el del hospital en Houston donde él había dicho que trabajó. No aparecía por ningún lado. Decididamente llamó por teléfono. Apenas mencionó su nombre, la recepcionista sin más dilación, la pasó con otra voz que le preguntó directamente:

—¿Para qué desea informarse sobre el Dr. Campos?

Ella instintivamente supo que no debería hablar de muertes, así que en forma ligera, sin mostrar más que un interés natural, le dijo.

- Es que el Dr. Campos nos ha dicho que trabajó ahí, y como mi padre requiere una operación, deseamos saber que referencias pueden darnos de él, ya que no lo encontramos en los directorios médicos de su institución.

Hubo un pequeño silencio.

—Es que no podemos dar referencias telefónicas a particulares señorita. Si el hospital donde va a ser intervenido su padre, u otro cirujano debidamente identificado, nos lo solicita por escrito, con mucho gusto les informamos.

Elena se quedó helada. Llamó de inmediato al Lic. Gómez—Carrasco contándole lo sucedido, e instruyéndole:

—Licenciado, necesito llegar al fondo de esto por favor, Ud. sabe qué hacer.

—No se preocupe Elena, el lunes sin falta comienzo el trámite.

—Por cierto Licenciado. Quiero que de esto tengamos conocimiento únicamente nosotros, el Sr. Santana y mi hermano.

Contactó telefónicamente con ambos, poniéndolos en antecedentes del asunto. Rodrigo le dijo que iba a tratar de acelerar su regreso, y que seguramente ya estaría de nuevo con ella a mediados de semana, agregando... no te preocupes hermana, que haremos lo que haya que hacer.

El miércoles llegó Rodrigo —una gran alegría para Elena — reuniéndose ese mismo día tanto con el Sr. Santana, como con el abogado. El Lic. Gómez—Carrasco tenía ya algunas novedades, informándoles que el director del hospital donde fue operado el Sr. de la Fuente se había mostrado, no solo receptivo sino preocupado, y que había ofrecido todo su apoyo, comprometiéndose a escribir a su colega, solicitándole referencias del Dr. Campos. Seguramente será cuestión de unos días. Por cierto, agregó, me dijo que el doctor había mostrado interés en comprar un consultorio para ejercer directamente en el hospital, y a mi pregunta de si era muy costoso, respondió: —Si. mucho, y que curiosamente, hacía un par de meses, cuando él le ofreció uno que iba a quedar disponible, le había dicho que de momento no le era posible, pues acababa de comprar casa y que como era grande, desde allí estaba trabajando, habiendo habilitado un lugar adecuado para ello.

Los hermanos se quedaron a solas.

— ¿Qué te parece? Le preguntó Rodrigo.

— La verdad que todo esto me da muy mala espina. Espero no haber tenido razón con ese sentimiento de desconfianza que me embargó desde que supe del fallecimiento de papá.

Continuaron trabajando, esta vez reunidos con el Sr Santana, pues ya Rodrigo iba a tomar bajo su mando el área internacional de la empresa.

Cuando terminó la junta, su hermano le dijo:

—Ayúdame a buscar donde vivir. Mi madre quiere venir a pasarse una temporada. Ella de inmediato pensó en Francisco José para esa encomienda; ya debe estar por regresar.

Justamente el día que su novio volvió, el Lic. Gómez—Carrasco los convocó a una reunión, sugiriendo hacerla mejor en su despacho o en la casa de Elena.

El abogado les mostró la copia de un correo; el enviado por el director de hospital a Houston, así como la larga respuesta de esta institución.

Houston explicaba con bastante claridad las motivaciones que llevaron a que al Dr. Campos le fuera solicitada su renuncia, y que no apareciera en los directorios.

Se había sospechado fuertemente de actos de corruptela del médico —incluso un fallecimiento sospechoso— pero al no haber denuncias formales por parte de ningún paciente, no habían podido actuar en su contra. Sin embargo, decía el escrito, si se sabía que el susodicho médico había operado a un miembro de la mafia — y aunque eso no era en sí mismo censurable — si lo eran los rumores de que había recibido una suma exorbitante “bajo la mesa”, aunque claro, sin papeles que lo comprobaran, otra vez tenían las manos atadas. Así que ante el riesgo de que el hospital se viera envuelto en un escándalo legal en el futuro, le dieron a elegir, o llevamos una investigación a fondo, lo cual no beneficia a ninguna de las partes — además de que dañaría su carrera irremediadamente — o sencillamente Ud. renuncia, comprometiéndose a no mencionar nuestro nombre bajo ninguna circunstancia. Lo que por lo que vemos no ha cumplido, agregaba el documento.

El Lic. Gómez les informó además que el Dr. Campos se había mostrado insistente, ahora sí, con la idea de comprar el consultorio dentro del hospital, y que a su pregunta, y dígame por favor, ¿cuánto cuesta?, el Director le respondió: 300.000 Dólares.

Elena estaba pálida y con los ojos lleno de lágrimas

- Escúchenme bien. Estoy completamente segura que mi tío está detrás de esto.

Todos se volvieron a mirarla, incluso Rodrigo, que le dijo, ¡pero hermana.

—¡Estoy segura!, ratificó ella. Se que no existen pruebas, pero tenemos que encontrar la manera de acceder a sus cuentas, tanto las de él, como las del Dr. Campos.

El abogado intervino.

—La verdad es Srta. Elena que no teniendo como comprobarlo, nada que nos apoye en su teoría, no podemos poner una denuncia formal, y aunque lo hagamos, la autoridad se verá limitada justamente por el mismo asunto; la falta de algún nexo que los vincule, más allá del hecho que él mismo admitió que se conocen, y que debido a ello, lo recomendó.

—Bien, respondió ella, pero por mi parte esto no lo voy a dejar así. Le ruego licenciado que me deje copia de esos documentos.

Pensó en su amiga Roberta, quien al trabajar en un

famoso despacho de abogados, tal vez conocería algún detective privado de confianza, contrariamente al Lic. Gómez—Carrasco, que al ser abogado corporativo, se movía en otros círculos.

## Cap. XI

Marina le pasó la llamada que estaba esperando. Francisco José había regresado.

—¿Te parece si paso por tu casa en la noche?

—Claro, por supuesto, te espero.

Ella estaba segura de cuál sería la pregunta a flor de labios que traía su novio. Independientemente de que seguía tan confundida como siempre, tal vez debido a sus asuntos personales, lo cierto es que quizás por ello precisamente, no había tenido tiempo de darse cuenta si extrañó su presencia o no, o si las veces que deseó que estuviese con ella se debieron más a tener con quien compartir sus preocupaciones, que a cualquier otra cosa.

Leal y sincera como era su naturaleza, — y después de recibir las flores que le traía y de besarse y abrazarse como siempre— tal cual así se lo dijo, al responder a la también pregunta directa de él, ¿y qué pensaste?

Tomaron asiento, y empezó a contarle los nuevos acontecimientos relacionados con el Dr. Campos y sus sospechas. Una vez que terminó, el noble y generoso Francisco José se puso de inmediato a sus órdenes para apoyarla en lo que fuera necesario, dejando de lado su inquietud personal.

Al siguiente día visitó a Roberta en su despacho, entregándole los documentos y diciéndole que deseaba, pues bien sabía ella que los abogados suelen usar medios poco convencionales para lograr llevar a cabo sus investigaciones.

Esto no pensaba platicarlo con nadie, solo los que ya estaban enterados; la abogada y su novio. Según se presentaran las cosas, lo compartiría con su hermano, pues estando tan recién llegado, y siendo que prácticamente no conocía a su tío, entendía que se le haría difícil asimilar sus sospechas.

A las 8 de la noche se dirigió al restaurante donde quedó de encontrarse con su novio. Llegó unos minutos antes, por lo que pudo observarlo cuando entró. Francamente era un hombre especialmente atractivo, aunque su andar despreocupado y su forma de vestir, más bien deportiva, hablaban de un tipo poco preocupado por las apariencias. Sin embargo ese detalle pareciera que llamaba la atención de las damas, quienes con mayor o menor disimulo lo siguieron con la mirada.

En cuanto se sentó, quiso saber lo que le había dicho Roberta.

- Pues fijate que concurda conmigo en que un detective privado puede hacer mucho por esta investigación, asegurándome que si, que ellos suelen utilizarlos para seguir pistas y buscar lo que la policía no puede hacer, ya que requerirían de algo más que la “sospecha de una hija dolida por la muerte de su padre”, para tomar alguna iniciativa. Máxime que se trata de personas honorables, sin antecedentes, como quien dice: “pilares de la comunidad”, y en estos casos, donde no hay nada concreto que aportar, ningún juez firmaría una orden para que personas así sean investigadas.

— Entonces quiere decir que Roberta tomó el caso en sus manos.

— Si, imagínate con cuanto interés. Nada más me pidió ciertos detalles personales; como una foto de mi tío, su domicilio, sus actividades extracurriculares, etc. Del médico poco pude decirle, aunque eso ya lo averiguan ellos.

— Por cierto y cambiando de tema, mi hermano busca casa, ¿crees que puedas ayudarlo?

— Imagino que solo para el y su mamá, ¿verdad? ¿Qué tal un pent—house?

— Vaya que es una excelente idea, vamos a decírselo.

Al salir del restaurante, Elena se dio cuenta que las miradas de aprobación de la gente también le decían que hacían una hermosa pareja.

Buscaron a Rodrigo que se estaba quedando en su casa, y en ese mismo momento fueron a ver

el pent—house. Era sencillamente espléndido, con una fantástica vista sobre una de las principales avenidas de la ciudad. Elena mirando a su novio le dijo:

— Este es el edificio del que me hablaste cuando nos vimos en la cafetería, ¿verdad?, ¿y no era para tus oficinas?

— Si, así es, pero decidimos ocupar las dos primeras plantas y vender el resto para vivienda.

- ¡Vaya, cuñadito!, se rió Rodrigo, mira por donde voy a conseguir un excelente negocio, pues siendo tuyo, me harás un precio especial, de familia.

— Claro que si, por supuesto, le respondió Francisco José.

— Ahora sin bromas, dijo, envíame mañana algunas fotos vía mail para remitírselas a mi madre. Creo sinceramente que esta es mucha mejor opción para nosotros que una casa.

## Cap. XII

Para Elena los días pasaban demasiado lentos. Esa tarde no estaba citada con su novio, así que decidió ir al Tazza d'oro, que no había visitado en los últimos meses. Un buen cappuccino con aquellas deliciosas pastas le vendrían de maravilla. El ambiente la recibió tan acogedor como siempre, la agradable música, el trato amable. Escogió una mesa algo alejada, dispuesta a leer un rato, para disfrutar a gusto de su momento de paz. Cerró su libro mientras inhalaba el increíble aroma del café. Se sentía cansada, agotada, con un peso enorme sobre sus espaldas. Especialmente el último año había sido particularmente complicado por diferentes causas, agregándosele a esto el fallecimiento de su querido padre, más lo que ahora se traía entre manos. Pasara lo que pasara —en este momento lo decidía— cuando esta situación concluyera, se iría de viaje, por un largo tiempo. Inmediatamente su pensamiento voló hacia Francisco José.

Cuando llegó a su casa tenía un mensaje de Roberta.

- Amiga, le dijo, el asunto va bien. Quiero reunirme contigo mañana para mostrarte algunas cosas.

- Estaré en tu despacho a la 9 am, le respondió.

Llegó puntualísima, y con el corazón en un puño. Mucho que deseaba llegar al fondo en sus sospechas, pero confirmar que su tío pudiera estar involucrado en tan feo asunto, era demasiado terrible, independientemente de que su relación nunca hubiera sido muy estrecha.

- Bien, comenzó Roberta. Si se ha podido comprobar que entre tu tío y el Dr. Campos hubo varios contactos. En un par de ocasiones lo invitó a su club, y por lo menos 2 o 3 veces cenaron juntos, solos, sin sus esposas; por lo que es de imaginar que se trataba de reunión de negocios.

- Nuestros investigadores consiguieron incluso algunas cintas de video —especialmente del restaurante— donde se les ve comiendo, y como te digo, a solas. Por cierto, que ese llamativo auto que usa tu tío, ha ayudado mucho para seguir sus movimientos.

— Bien, ¿puedes darme copia de todo eso? Deseo que mi hermano, el Sr. Santana y el Lic. Gómez lo vean.

— Te informo algo más Elena, con lo que tenemos podemos dar el siguiente paso. Disponemos de los contactos idóneos que nos pueden averiguar los movimientos de las cuentas bancarias de ambos. Tengan o no valor probatorio, por la forma en que van a ser logrados estos documentos, en el caso de arrojar algo concreto, si les pueden servir a Uds., para tomar decisiones al respecto.

- Procede por favor amiga, y avísame.

Por el camino llamó a su oficina, pidiéndole a Marina que le dijera a su hermano y a los demás, que los citaba para una junta de emergencia. Ya la estaban esperando en su despacho cuando llegó.

— Traigo algo que deseo ver con Uds. Es una información que me ha entregado Roberta. Mandó a sacar copias de lo escrito y mientras tanto, puso la grabación.

- Dijo su hermano, entonces tú...

— Por supuesto. No pienso quedarme con una mano sobre otra con las sospechas que tengo, ya van a ver Uds. mismos.

Se les ve en dos ocasiones, en un conocido restaurante cenando y conversando animadamente, así como en algunas fotos tomadas en un torneo de golf, en el club de su tío.

Los documentos escritos hablaban de otras reuniones sostenidas en distintos lugares públicos; por lo menos un restaurante y una cafetería, de las cuales no había imágenes, pero si lo dicho por algunos testigos, quienes hicieron alusión a que no les pasó desapercibida su presencia, debido al lujoso y bastante llamativo coche que

usaba uno de los señores. Revisando las fechas de estas reuniones, todas fueron llevadas a cabo antes de la intervención quirúrgica del Sr. de la Fuente.

- Ahora, —continuó Elena—, Roberta va a proceder con la averiguación de los movimientos de las cuentas bancarias de ambos, probablemente aun tarde algunos días.

- Pero Srta. Elena. —comenzó el Lic. Gómez—. Ud. sabe...

- Si, no se preocupe, se lo que me va a decir, pero una vez que tengamos esas pruebas, pienso acudir personalmente con un amigo de mi padre, quien es hoy el Procurador de Justicia de la Nación, para que me asesore. Uds. recodarán que estuvo en el sepelio.

Cuando terminó la reunión, el Sr. Santana, poniéndole una mano sobre los hombros, le dijo: Es Ud. digna heredera de su padre.

Su hermano se le acercó.

—¿Pero porqué no me dijiste?, sabes bien que te apoyo en cualquier cosa que desees hacer.

—No te preocupes, —le respondió Elena—. No volveré a dejarte fuera. Lo hice de momento porque tú no conoces al tío Carlos y puedes tener tus dudas, por lo que deseaba saber si se podría obtener algo mas concreto antes de involucrarte. Pero te aseguro que de ahora en adelante, seguiremos juntos en esto hasta el final; y se abrazaron.

Una noche, mientras cenaban, Elena llamó a su novio Fran

—¿Fran?, dijo él.

—Disculpa, ¿No te gusta?

—No, todo lo contrario, así me llamaba siempre mi madre, desde niño.

— Pues así lo hare yo también si no te molesta. Es que tu nombre es demasiado largo, y rieron...

- Por cierto, —agregó ella—, si observas, nuestras vidas tienen ciertas similitudes. Ambos quedamos huérfanos de madre muy jóvenes, somos muy cercanos a nuestros padres (fíjate que hablo en presente, aun no me acostumbro), y además trabajamos en la empresa familiar.

- Si, es verdad. Pero mi padre aún no me ha dejado el control, como hizo el tuyo contigo.

— La situación es diferente. Mi papá, debido a su padecimiento siendo aún relativamente joven, se dio cuenta que tendría que acelerar esa transición, prepararme para ello, y lo hizo acertadamente. Gracias a Dios que le dio vida suficiente para constatar que sus esfuerzos no iban a irse a pique, si el fallecía y el barco quedaba sin rumbo. Recuerda que tampoco pensaba que podría recuperar a mi hermano.

. Tienes razón amor. Pero, siendo que tenemos tantas cosas en común, ¿por qué no nos casamos?

- ¡Por favor! ¿Y me lo dices así, sin anestesia ni nada?, ja, ja, ja

- Mira, no te he vuelto a preguntar si me amas. Me he adaptado a tus tiempos, aguardando soluciones todas estas cosas que son vitales para ti, y puedes contar que esperaré hasta que estés lista, pero honestamente, exceptuando las horas de trabajo, y que no dormimos en la misma cama...

- Tienes razón amor, estamos casi siempre juntos. Pero te aseguro, que no es el momento. No deseo casarme sintiendo esta angustia que ahora me consume. Es más, —y esto te va a molestar de seguro—, pero si resultara que mi tío tuvo algo que ver con la muerte de mi padre, he pensado viajar por un largo tiempo.

Francisco José se puso serio.

- Pero, ¿y por qué no me lo habías contado?

- Porque apenas lo pensé hace pocos días. Es más, no como una decisión irrevocable, sino como una reacción lógica a tantas cosas tristes y desagradables que he vivido en estos pocos

meses. Algo que me ayude a hacer higiene mental.

- Yo te propongo esto: ¿y por qué ese viaje no lo hacemos ambos como luna miel? Yo también puedo tomarme unas largas vacaciones.

- Mientras le acariciaba el rostro con ternura, le dijo cariñosamente: te prometo que lo pensaré, te lo prometo.

## Cap. XIII

Elena fue invitada, tanto en lo personal como a nombre de la empresa, a un simposio sobre el medio ambiente que se celebraría en la ciudad. Duraría tres días y decidió asistir, no solamente porque desde hacía tiempo había pensado involucrarse más, tanto en lo individual, como a la firma en sí, sino además, porque le serviría de distracción mientras aguardaba noticias.

Asistirían personalidades de renombre internacional, habiendo sido elegida esta capital como sede de la cumbre por ser considerada una de las de peor aire respirable del mundo, a pesar de que los últimos años se han hecho enormes esfuerzos al respecto, llevándose a cabo con bastante responsabilidad el asunto de los cierres preventivos de ciertas industrias en horarios y días difíciles; los llamados planes de contingencia en sus diferentes fases, de acuerdo a la gravedad en la calidad del aire y el volumen de partículas—contaminantes—suspendidas, concentración que se agrava más en algunas ocasiones por la falta de vientos que son los que dispersan esa espantosa nata espesa. El tandeo en la circulación vehicular, que ya tiene varios años, ha sido considerado por algunos beneficioso, aunque las enormes distancias en esta megalópolis, obligó a muchos automovilistas a adquirir un segundo auto —generalmente viejito— para realizar sus funciones. Sin embargo, no cabe duda que todas estas acciones han llevado a que cada vez con más frecuencia los capitalinos puedan ver el cielo, lo cual hace 20 años se consideraba un milagro.

Pero falta mucho por hacer a nivel nacional en otros rubros, como la contaminación de las aguas, la tala indiscriminada, las quemas sin control, etc. pues todo esto afecta, tanto las grandes sequías que se padecen, como las inundaciones que han llegado a ser bíblicas.

Fue sumamente aleccionador. Personas de verdad preocupadas por el maltrato que le damos al planeta presentaron propuestas y soluciones, que vistas en pantalla, no parecen difíciles de aplicar, si realmente los gobiernos toman conciencia y se ocupan —pero de verdad— de llevar a cabo medidas efectivas para mejorar este problema que nos atañe a todos, dejando de lado componendas. Esto, además de algo también básico; la falta de compromiso social por parte de algunos industriales, que lanzan sus desechos al aire, ríos, lagos y mares cercanos, amparados por la corrupción imperante que lo permite y solapa.

Las conclusiones hicieron, no solo un llamado a la conciencia ciudadana, sino además, a la participación activa, al compromiso de no dejar todo al gobierno, conminando a que los empresarios y los particulares realmente se involucren, coadyuvando a eliminar estas terribles prácticas.

En la para muchos segunda ciudad en importancia del país, la que muy particularmente por su folclore da identidad a la nación, se encuentra uno de los ríos mas contaminados, no solo del territorio nacional, sino del mundo, donde sin vergüenza alguna los industriales de la tenería y otros rubros igualmente dañinos, han lanzado por años sus porquerías. Y aun teniendo las autoridades la certeza — por estudios que universidades de prestigio les han presentado — del aumento de enfermedades de la piel, cáncer y otros flagelos entre los vecinos que viven en las cercanías, no han hecho nada por solucionarlo, a pesar de las constantes denuncias a todos los niveles.

Elena sabía que en lo personal no podría dedicarle el tiempo que le hubiera gustado — aunque pretendía volverse más participativa— pero si propondría en la próxima Junta de Consejo, un aumento en los apoyos económicos que su padre había designado a este particular desde hace años.

Iba a regresar a sus actividades normales renovada espiritualmente. No cabe duda que rodearse de personas sensibles, preocupadas desinteresadamente por asuntos que tienen más que ver con el bien común que con el yoísmo, nos da un airecito de frescura que de alguna forma nos

reconforta y reconcilia con nuestros semejantes, dándonos cuenta que no todo es dinero, egoísmo, éxito mal entendido, envidia e inconformidad.

## Cap. XIV

Vuelta a su realidad, la primera cosa que hizo fue llamar a Roberta, quien le informó que las pesquisas iban viento en popa, pues ya se tenía a quienes iban a investigar esas cuentas, y que seguramente sería cuestión de dos o tres días para tenerle alguna respuesta.

Atendió sus asuntos con la misma dedicación de siempre, y a pesar de que Fran ardía en deseos de verla, ella prefirió esperar hasta la cena, pues había muchos detalles que requerían su atención, ni siquiera voy a salir a comer, le dijo.

Su hermano, según le informaba el Sr. Santana, había tomado con mucho ímpetu su trabajo en el área internacional, estaba prácticamente terminando de reorganizarla y ya tenía elegidos a sus colaboradores, así que era cuestión de poco tiempo para que esa parte de los negocios que había estado un tanto abandonada, volviera a florecer.

En lo que respecta a Carlos, le dijo, se mueve en un bajo perfil, apenas dejándose sentir fuera de su área. Noto que trata más bien de pasar desapercibido, y por cierto, no ha vuelto a acercarse a Rodrigo, aunque si lo saluda con cierta cordialidad cuando se encuentran.

Recibió a Fran con mucho cariño y a una pregunta de la nana de si cenarían en casa, ella le dijo, si. Si te parece, que nos sirvan en el jardín, hace una noche espléndida.

- Como te he extrañado amor, le dijo él

- También yo, dándole un suave beso en los labios. Discúlpame por haberte tenido abandonado estos tres días, pero terminábamos realmente exhaustos. Pienso que el simposio debió ser más largo, pero como bien sabes, viniendo gente de tantos lugares, seguramente que

hubiera sido imposible. Para acudir a este tipo de asuntos generalmente las personas dejan sus ocupaciones habituales y no pueden ausentarse demasiado tiempo.

- ¿Y cómo te pareció?, ¿aprendiste mucho?

— Pues fíjate, que aparte de aprender, o además de ello, me sensibilicé aun más de lo que estaba a este respecto. Los compromisos de la vida cotidiana te envuelven de tal forma, que pierdes de vista cosa tan importante como lo es la salud del planeta que habitamos, y que olvidamos con tanta facilidad.

Al otro día Elena, sin poder ocultar su preocupación, telefoneó a Roberta. Nada más quiero saber cómo van las cosas.

- Pues muy bien, aunque todavía no quiero adelantar vísperas. Espera mi llamada mañana, seguramente ya te tendré alguna noticia.

- Ya sabes que si algo resulta como sospechamos, quiero hacer de inmediato una cita con el Sr. Procurador, que tal vez demore en poder recibirme.

— Ya lo sé, y sabes tú también cuan en serio me tomo esto. Por favor no te angusties.

Pensó que la petición era inútil, pero trataría de controlarse, y ya que como siempre la mejor medicina era el trabajo, puso manos a la obra.

Llamó a Marina para redactar un informe de lo recabado en el reciente simposio sobre el medioambiente, que deseaba presentar a la consideración del Consejo de Administración, que ya había sido convocado para el próximo lunes, en el cual, una vez analizados los problemas allí expuestos, propondría un aumento en las aportaciones que con ese fin realizaba el Grupo de la Fuente.

Ya a punto de retirarse, la llamó Roberta sorprendiéndola con una cita para la mañana siguiente. A esta reunión iría con su hermano, al cual le avisó inmediatamente. Cuando se levantó de su asiento sintió como un vahído; como si el mundo hubiera comenzado a girar velozmente.

Al llegar a la casa le dijo a la nana que no deseaba cenar.

— Por favor, prepárame alguno de esos tés milagrosos que tú haces, pues me sospecho

que se me hará muy difícil conciliar el sueño.

- ¿Te sientes enferma niña?

- No nana, es que creo que estoy a punto de tomar por los cuernos a un verdadero toro de lidia, y siento como si me arrastrara a un abismo.

La nana solo se la quedó mirando, mientras ella seguía hacia su habitación.

Incomprensibles como somos los seres humanos, Elena durmió perfectamente toda la noche.

## Cap. XV

Igual que lo hizo ella la vez anterior, a las 9 am en punto los hermanos de la Fuente llegaron al despacho de abogados, donde ya Roberta los esperaba. Poco dada a los preámbulos, fue directamente al grano.

—Creo que las noticias no son buenas, o por lo menos, agradables. Tus sospechas se han confirmado, mi querida amiga. Hemos encontrado un depósito por el equivalente a 300.000 Dólares, tres días después del fallecimiento del Sr. de la Fuente en la cuenta del Dr. Campos; coincidiendo con un retiro por cantidad similar de la de tu tío.

- Entonces no hay duda, dijo Elena, tomándose fuertemente de la mano de Rodrigo.

- Incluso, añadió Roberta, aparece el depósito de lo que, según tu me informaste, coincide también con el cheque por los honorarios que le pagaron.

Elena rompió a llorar desconsoladamente, abrazándose a Rodrigo que trataba de calmarla.

—¿Pero porqué? se preguntaba. Su hermano mayor lo único que hizo toda la vida fue protegerlo, incluso de sí mismo. ¡Juro por la memoria de mi padre que llegaré a las últimas consecuencias!

Tranquilízate por favor, le dijo Roberta. Ahora tienes que ser más fuerte que nunca. Trata de serenarte —y aunque no puedo ni imaginar por lo que están pasando— se que deben mantenerse lo mas ecuanimes posible, para buscar los vericuetos legales que les permitan llegar al fondo de este horrible asunto.

La abogada les entregó un folder con la documentación recabada, y ya en el camino, nuevamente Elena llamó a su oficina solicitando la presencia urgente del Sr. Santana y el Lic. Gómez—Carrasco. Mortalmente pálidos se quedaron, tanto uno como el otro, cuando revisaron los papeles.

—¡No cabe duda!, —decía el Lic. Gómez—, sería absurdo pensar en una coincidencia. ¡Pero como habrá hecho! En ese tipo de intervenciones la plantilla médica es grande; el cirujano nunca está solo con el paciente.

—Si, respondió Elena, pero si los subalternos observan algún error, sencillamente se callan, o aceptan — para no meterse en problemas— las explicaciones del especialista. ¡Cuántas veces no escuchamos hablar de negligencia médica! ¿Y acaso es frecuente saber que algún médico ha sido denunciado por un colega?, ¡jamás! Siempre son los familiares que por alguna razón sospechan de mala praxis, los que remueven el fango y alzan la voz.

—¿Y cuál es el siguiente paso, Sta. Elena?, preguntó el Sr. Santana.

—Definitivamente iremos a hablar con el Procurador de Justicia, respondió Rodrigo. Es un privilegio que contemos con la amistad de una autoridad de este nivel y que podamos enterarla de algo tan delicado, para que no solo nos de asesoría, sino que nos envíe con alguien que tenga la capacidad de hacer el siguiente movimiento. Porque seguramente no va a ser fácil convertir lo que hemos averiguado, en un hecho que vaya más allá de la sospecha.

Solo procuremos que todo permanezca en el más absoluto secreto de momento, apuntó el abogado. Tenemos una gran responsabilidad con nuestros socios.

La secretaria del Procurador le devolvió la llamada casi de inmediato, diciéndole que si el asunto era tan urgente, al día siguiente con mucho gusto los recibiría.

Después de los saludos de rigor y de haber recordado en breves palabras “a su viejo y querido amigo que se nos adelantó”, les dijo:

— Imagino que el que ambos hayan venido significa que deben tener algún asunto importante o delicado que les preocupa y les adelanto, que sea lo que sea, estoy completamente a sus órdenes.

—Bastante delicado señor, respondió Elena, pues aunque su amistad más cercana era con mi padre, se que también conoce a mi tío Carlos. Le explico.

Extendiéndole la carpeta, con todo el contenido de sus investigaciones, agregó: hemos adelantado algunos pasos, copias de lo cual le traemos, reconociendo que careciendo de pruebas para poder denunciar formalmente a las personas de las que sospechamos, no hemos tenido otro remedio que utilizar métodos poco ortodoxos para lograr la información que aquí le presentamos.

—Pero, ¿de qué se trata?, mientras tomaba el folder y comenzaba a ojear los papeles, poniendo a un lado las copias de video que también habían llevado.

—Se trata, dijo Rodrigo, que creemos que nuestro padre fue asesinado, y que el tío está involucrado.

—¿Cómo?, ¿Carlos?, ¡no es posible! Elena, por favor, ¿pero de qué hablan?

—Tal como lo oye, Sr. Procurador. Imagínese Ud. lo que eso significa para mí, aún más que para mi hermano, pues es una persona a la cual — a pesar del distanciamiento que él siempre mantuvo de su familia—, conozco desde niña, ¡y es mi tío!

—Si, en alguna ocasión tu padre me dijo que su hermano tenía problemas de carácter, pero siempre pensé que serían cosas normales; lo usual entre hermanos.

—No, esto siempre fue más allá. Papá se quejaba con frecuencia, y sobre todo se lamentaba de que mi tío fuera así. No dejaba de dolerle el hecho de poder contar más con la lealtad de sus colaboradores que con la de su hermano, quien contrariamente y con mucha frecuencia, le ocasionó graves problemas en la empresa, e incluso fuera de ella, cuando era más joven.

—Vamos a ver. Cuéntenme como se inició lo que les llevó a Uds. a considerar realizar una investigación de esta magnitud.

—La verdad, dijo Rodrigo, que fue mi hermana la que jamás aceptó como buenas las explicaciones que nos dieron respecto de la muerte de nuestro padre. Su primera acción fue llamar a Houston, al hospital donde el Dr. Campos nos había dicho que trabajó, y a partir de entonces, todo lo demás se fue encadenando.

—Bueno, no quisiera ser yo quien les diga lo difícil y complicado de este feo asunto, pero la realidad es que lo es.

—Si señor, apuntó Elena, lo sabemos, pero estamos seguros que si alguien puede seguir el hilo de ello es Ud. A mí me parece que si mi tío tuvo la sangre fría para mandar a matar a su propio hermano, no debe ser lo único en lo que está envuelto.

— Eres muy inteligente hija, y es probable que no estés equivocada. De momento solo puedo decirte que lo dejes en mis manos. Yo sabré ponerlo en las de quien pueda llegar mas a fondo, y puedes estar segura de que si hay tela de donde cortar, la cortaremos. Eso si, las pruebas deben ser irrefutables, máxime siendo una persona que aparentemente ha llevado una vida honorable. Él va a usar todo su poder para defenderse,

y tiene toda una historia personal intachable para sustentar su defensa, así que lo que hagamos de ahora en adelante debe ser no solo discreto, sino llevado a los detalles más íntimos de los involucrados. No va a quedar nada de sus vidas que no sea investigado. Además, habrás tomado en cuenta el tremendo escándalo que esto significaría para Uds., no solo en lo personal, sino a la empresa, si sale a la luz y no puede comprobarse nada.

—Hemos valorado las consecuencias y estamos preparados. Por encima de todo mi padre fue un hombre honorable, que siempre jugó limpio tanto con sus socios,

como con clientes y empleados. Estoy segura que aunque algo tan terrible se sepa — contrariamente a lo que sucedería de mantenerlo oculto y que por alguna razón un día se filtrara — nos hará salir fortalecidos. Además, ninguna consideración será lo suficientemente válida como

para que permitamos como hijos, que su muerte no sea castigada.

—Les repito, estoy con Uds. Yo claro que conozco a Carlos, pero su padre fue un gran amigo, de muchos años, desde tiempos universitarios, y tampoco estoy dispuesto a que si fue asesinado, el hecho quede impune; sean, quienes sean los involucrados. Seguramente comenzaremos con el médico, que es la parte más vulnerable.

Levantándose, los abrazó a ambos.

—Cuenten conmigo. Y algo más; muy orgulloso debe sentirse Rodrigo de la Fuente de sus dos maravillosos hijos. Esperen mi llamada.

—Muchas gracias señor.

Elena puso al tanto al Lic. Gómez—Carrasco, al Sr. Santana y a Roberta de lo platicado con el procurador, e igualmente a Fran cuando se reunieron para almorzar. Ahora, le dijo a su novio:

- Solo espero tener la suficiente paciencia para esperar resultados. Estoy tranquila, eso si, pues la verdad es que el señor se lo tomó muy a pecho, y aunque en los primeros minutos se mostró incrédulo —no es para menos— lo bueno es que tampoco creyó en coincidencias, especialmente con el retiro y depósito de esa cantidad tan específica de una a otra cuenta. Por cierto, me dijo el Lic. Gómez que el director del hospital le estaba dando largas al Dr. Campos con lo de la venta del consultorio. Parece que se huele que no nos vamos a quedar tranquilos y no quiere tener al médico de planta, si resulta envuelto en algo sucio.

## Cap. XVI

En esa semana llegaba la madre de Rodrigo para ultimar la compra del pent—house. Ya le había pedido a Elena que la acompañara en los detalles del amueblamiento y decoración, a lo que ella accedió gustosa. Cualquier cosa menos estar todo el día dándole vueltas a la cabeza a lo que tanto la angustiaba. Además, en los últimos meses habían platicado mucho telefónicamente y la verdad le parecía una mujer sumamente agradable, lo cual alegraba a su hermano, y para ella, eso era más que suficiente.

Ta vez a algunas personas podría sorprenderles que ella pudiera hacer amistad con la que una vez fue amante de su padre, estando casado con su madre, pero Elena pensaba que el pasado estaba bien allí donde había quedado, y siendo la mamá de un ser humano tan especial como Rodrigo — para ella tan importante — no le cabía ninguna duda cual debería ser su actitud.

La Sra. Alejandra Merino resultó ser aun más encantadora en el trato personal. Alegre y jovial, de excelente humor, culta, siempre súper bien vestida, en fin, que se la pasaban estupendamente juntas. Rodrigo estaba más que feliz con esa afinidad entre ambas; las dos personas más importantes de mi vida, les decía.

—Eso está muy bien, respondía su madre, pero creo que ya es hora de que alguna “otra persona” ocupe también un lugar en ella, “el lugar”, diría yo, ¿o es que no piensas darme nietos? Es más, ¿es que Uds. dos pretenden quedarse para vestir santos?

Todos se echaron a reír.

—¡No hay prisa, no hay prisa!, decía Rodrigo.

Compraron muebles, lámparas, artefactos eléctricos, contrataron un decorador. Eligieron hasta el más mínimo detalle para que la casa de Rodrigo quedara no solo funcional, sino hermosa.

Durante los 15 días que la Sra. Alejandra estuvo en el país, Elena no recibió ni una sola llamada del procurador. A veces le mostraba su preocupación a Rodrigo.

— ¿Que hago, lo llamo?

— No, nada de eso, le respondía, si él tuviera algo que comunicarnos, ya lo hubiera hecho. Dejémosle trabajar.

- Tu pent—house quedó de película, ¿no te parece hermano?

- Francamente si, además esta maravillosa vista, y el silencio; ni pareciera que estamos en una avenida tan transitada. Francamente no sé como lo lograron, pero no cabe duda que mi madre y tú hicieron un pequeño milagro, en tan poco tiempo.

- Debo ser honesta, aquí la artista fue Alejandra, que de decorar casas, sabe un montón.

Se habían reunido para “la inauguración”, Elena, Fran y Roberta a la que invitó el nuevo propietario. Tomaron unas copas, platicaron...

Cuando subían a su automóvil, le comentó Elena a su novio.

- Oye, ¿no te parece que entre esos dos hay algo?

- ¿De veras?, respondió él, no me fijé, pero, ¡sería estupendo!

- Si que si, dijo ella, agregando: ¿sabes amor? Creo que solo me falta terminar de deshacer este nudo que tengo en el estómago, para sentirme completamente feliz.

## Cap. XVII

Llegó por fin la llamada del Procurador de Justicia. A esta cita los acompañó el Lic. Gómez—Carrasco.

En la reunión estaban, no solo el susodicho, sino además un alto mando de la policía y otras personas. Les informaron que el médico había sido detenido, —¿y cómo no hemos visto nada en las noticias?— Bueno, además del sigilo con que hemos manejado esto, hemos tenido a nuestro favor el que es poco conocido en el país y no ha llamado la atención de la prensa, además de que su defensa no está interesada en ventilar el asunto, mencionó uno de los presentes.

El Procurador tomó la palabra, diciendo:

— Se alteró mucho cuando le preguntamos sobre su “súbita riqueza”, sin poder explicar el origen de la misma, pero tiene apenas 24 horas en custodia, según pase el tiempo, pensará en no cargar solo con el paquete. En cuanto se vea acorralado, seguro que comenzará a hablar.

- ¿Pero no ha mencionado a mi tío?, preguntó Elena.

- No, aún no.

- Entonces — dijo Rodrigo — si no lo menciona, el hecho puede quedar impune.

— No, no es tan simple, apuntó el Director de Policía que hasta ese momento había permanecido callado.

Ya se le ha informado que, si es necesario, serán exhumados los restos del Sr. de la Fuente para volver a realizarle una autopsia buscando indicios que en el caso de una muerte natural, no hay necesidad de examinar. Esto lo ha puesto realmente nervioso. Mi experiencia me dice que si verdaderamente le pagaron para cometer un delito, va a soltar la lengua. Además, está legalmente obligado a decir de donde proviene el dinero, pues otra acusación sería la de enriquecimiento ilícito — aunque de todas formas sea dinero mal habido — lo cual podría dejar a su familia en la calle. Nosotros hasta ahora no le hemos dicho que tenemos pruebas de que esa misma cantidad salió de la cuenta de su tío.

— Sucede, intervino el Procurador, que si el médico lo incrimina, tendremos bases legales para investigarlo, citarlo, interrogarlo, etc., y exigirle que explique por qué le depositó esa enorme suma al Dr. Campos. De hecho no quería llamarlos aún hasta tener algo más concreto, pero —mirando a Elena— imagino lo angustiados que estarán, y preferí ponerlos al tanto de lo logrado hasta ahora.

- El Director agregó: yo creo que es cuestión de horas para que esta olla se destape. Aquí está mi número directo. Tienen Uds. la libertad de llamarme cuando lo deseen. Este asunto lo estoy llevando en forma personal, por instrucciones del Sr. Procurador.

- Alguno de nosotros, dijo Elena, o el Lic. Gómez—Carrasco, estaremos en contacto con Ud., y muchas gracias, de verdad.

—Sr. Procurador, como agradecerle.

Sendos apretones de manos, y la reunión se dio por concluida.

En el camino de regreso a la oficina, les dijo Elena:

—Como pueden haberse dado cuenta, de ahora en adelante estamos en manos del Director de la Policía, de todos modos, la labor del Procurador ha sido excelente, tenemos mucho que agradecerle,

—¿Ud. como lo ve, Lic. Gómez?

—Que vamos muy bien. Pienso que las cosas se han hecho de manera correcta. Y tal es así que no creo que su tío se haya enterado. Sin embargo, cuando pasen las 72 horas, si no lo dejan libre — como será seguramente — tiene derecho a visita, por lo que puede instruir a su esposa y al abogado, para que le avisen a Don Carlos. Tenemos que estar al pendiente. Yo creo que no va a

hablar hasta haberlo hecho primero con ellos, especialmente con su mujer, y no para poner al tanto a su tío, no, eso ya es cosa secundaria para él, sino para mandar a su familia fuera del país, y a su dinero; me juego la cabeza.

—Pues su dinero y su familia pueden irse a donde les plazca, dijo Rodrigo, eso a nosotros nos tiene sin cuidado.

—Y creo que a la policía también,— agregó el Lic. Gómez—. En menos de 48 horas, sabremos algo más.

Por un pequeño detalle no fue exacta la predicción del Lic. Gómez—Carrasco. La Sra. Campos —con sus hijos—estaba saliendo del país en este mismo momento; el dinero ya había sido transferido. Solo que ella iba únicamente a dejar a los pequeños con su familia, con la intención de regresar para estar al lado de su esposo.

Y otra cosa que ignoraban era que el Sr. Carlos de la Fuente tenía orden de aprensión — de momento — solo en el caso de que pretendiera salir por cualquier puerto, aeropuerto, o frontera terrestre.

## Cap. XVIII

Elena pensó en una excusa que le permitiera, sin parecer obvia, acercarse a la oficina de su tío. Quería verlo a la cara, mirar sus ojos, sentir su nerviosismo, o palpar su frialdad. Podría hacerlo venir a la suya, pero implicaría que el tendría tiempo de acomodar su rostro, colocar una sonrisa en sus labios, o tranquilizar el temblor de sus manos, si es que acaso era capaz de algo como eso. Así que sencillamente se acercó a su puerta cerrada, tocó, y cuando él dijo, adelante, entró, y mirando a un lado y al otro le dijo, mientras estrechaba su mano que encontró helada, ¡cuánto tiempo tenía sin venir a esta parte del edificio!

— ¿Se te ofrece algo? le preguntó, sin poder ocultar cierto asombro.

— No nada, solo que vengo de visitar el nuevo departamento del área internacional, y pasé a saludarte.

— ¡Ah! Qué bueno, pues como ves, nada ha cambiado.

— Y tú, tío, ¿como estas? ¿Todo va bien?

— Si claro, estupendamente. Si te puedo servir en algo.

— No gracias, solo voy de paso. Te dejo trabajar, le dijo, con una amplia sonrisa, mientras se retiraba.

Cuando entró a su despacho temblaba de pies a cabeza, Espero “tito” Carlos que no olvides nunca este día. Pronto te darás cuenta que mi visita no fue inocente. Aún sentía en su palma el frío helado de la mano de su tío, que a ella le parecía que más bien la quemaba.

Esta noche tendría una plática con la nana, pues sabía que se había dado cuenta de que algo grave le sucedía, y no deseaba que se enterara por las noticias, u otras personas, de lo que se estaba cocinando.

Se sentaron a cenar juntas, aprovechando que el día de hoy no se vería con Fran. Así se lo propuso en cuanto llegó a su casa.

— Tengo algo muy serio que contarte.

— ¿Te peleaste con Francisco José?

— No, nada de eso, es otra cosa, y realmente terrible.

Elena comenzó a narrarle desde los primeros encontronazos con su tío, así como las advertencias de su padre siempre pidiéndole que se cuidara de él.

— ¿Tú sabes nana a que dé debe esa animadversión de mi tío Carlos hacia mi padre?

— No lo sé claramente, pero creo que eso viene desde la infancia, y si no desde entonces, lo que sea que haya sido que la originó, se fortaleció mas a partir del fallecimiento de tu abuelo. Tu padre tuvo que ejercer de hermano mayor, con cierta mano dura, pues él siempre fue un joven difícil, problemático y rebelde, aunque muy inteligente para los estudios. Recuerdo escucharlos una noche conversando. Con cuanta paciencia tu papá lo aconsejaba, a pesar de que él no dejaba de discutirle, de contrariarle. A tu tío Carlos siempre le fue difícil aceptar la autoridad. Sin embargo, me pareció que le tenía un especial cariño a tu madre. No se hija, pero a veces llegué a sentir que envidiaba mucho a Don Rodrigo.

— Bueno nana, pues lo que está sucediendo es esto, y le narró todo el desagradable asunto.

— ¡No puede ser! llegar a eso, me parece inconcebible. Jamás pensé...

— No, ni yo tampoco, pero así son las cosas. No sé cómo va a terminar, ni cómo afectará el inevitable escándalo a la familia y a la empresa, pero sea lo que sea, Rodrigo y yo estamos listos para afrontarlo juntos.

— Fíjate hija como Dios sabe lo que hace, es realmente maravilloso que tu hermano esté contigo en circunstancias como estas. Pareciera que las personas llegan a nuestras vidas en el momento oportuno.

— Si. La presencia de Rodrigo es un gran apoyo; un báculo en el que puedo sostenerme y sé que va a estar ahí firme, sólido y sobre todo incondicional para mí. Es un ser humano realmente especial, ¡se parece tanto a papá!

— ¡Oh sí!, muchísimo. Prácticamente idéntico a Don Rodrigo joven, incluso en sus ademanes y forma de andar. Es una verdadera lástima que no hubiera podido disfrutar más de su hijo.

— Así es nana, le robaron esa posibilidad. Eso es precisamente lo que a mi hermano se le hace imperdonable.

— Bueno, también cuentas con el apoyo de Francisco José, a quien he visto muy cerca de ti durante estos últimos meses. ¿Y no han hecho planes de matrimonio?

— Aún tengo muchas dudas al respecto, nana. Incluso a veces, no estoy muy segura de mis sentimientos.

## Cap. XIX

Cuando acudieron al llamado del Director de la Policía, tanto Elena como Rodrigo iban con un nudo en la garganta. No hay condicionamientos emocionales que valgan, cuando sabes que vas a enfrentar realidades que jamás consideraste tener que vivir, ni en tus peores pesadillas.

Fueron pasados de inmediato a las oficinas, donde el Director estaba acompañado por un par de agentes.

Antes de sentarse, el Lic. Gómez—Carrasco que los acompañaba, preguntó:

—Y díganos Director, ¿Ya habló el Dr. Campos?

—Habló, si, y mucho, respondió, tomen asiento por favor.

—¿Acusó a mi tío?, preguntó Elena.

—Si que lo hizo, incluso, hemos sabido más cosas de las que esperábamos. Don Carlos tuvo primero la intención de mandar a secuestrar a su hermano, sospechando que dado su estado de salud no sobreviviría, pero no encontró gente confiable para realizar el encargo. Esto coincidió con su nombramiento como Presidenta del Consorcio, pero lo venía cocinando en su mente desde que supo que su padre se había encontrado de nuevo con su hijo mayor —mirando a Rodrigo—

— ¡Ah, vaya! Entonces si supo cuando viniste la primera vez (dijo Elena) a pesar de que tratamos de mantenerlo oculto.

— Sospechamos, aunque todavía no hemos llegado al meollo del asunto, que su tío de alguna manera siempre mantuvo vigilado a su hermano. Aparenta ser el caso de una persona obsesivo—compulsiva, claro que sobre esto sabremos mas cuando se le detenga y sea examinado, pues queremos estar preparados por si intentara una defensa basada en algún trastorno mental. Esto más que nada lo hemos escuchado del médico, que así lo piensa.

Uno de los agentes allí presentes intervino.

— El Sr. de la Fuente va a ser detenido en las próximas horas. Teniendo ya la declaración del Dr. Campos —la cual efectuó en presencia de su abogado — con todos los pormenores, donde acepta haber recibido esa suma del Sr. de la Fuente, con el compromiso de que su hermano no saliera vivo de la mesa de operaciones, detallando además las conversaciones sostenidas, etc. Tenemos soporte legal para proceder.

— Bueno,— preguntó Rodrigo—, ¿y como hizo para cometer su crimen?

— Antes de ingresarlo en quirófano, le inyectó una sustancia de la cual aun no tenemos conocimiento exacto, pero que fue la que le produjo el infarto estando bajo anestesia.

— ¿Y dónde va a ser detenido, detective?, preguntó Elena.

— Habíamos pensado hacerlo en su casa para evitarles a Uds. una situación incómoda en las oficinas.

—No, por favor, nosotros queremos estar presentes cuando esto pase, ¿verdad?, —mirando a su hermano — —Si, estoy de acuerdo.

— Claro, agregó Elena, de todas formas si les agradeceremos la discreción.

— Por supuesto; por eso no se preocupen.

A las 5 de esa misma tarde, dos agentes vestidos de civil, se identificaron en la entrada, solicitando ver al Sr. Carlos de la Fuente, agregando:

— Pregunten a la Srta. Elena de la Fuente, que sabe de nuestra visita.

De inmediato fue avisada, autorizándoles su paso.

Los esperó a la salida de los ascensores, y junto con su hermano y los detectives, se personaron en la oficina del tío. Ella fue la que abrió la puerta, sin el toque previo. El se puso en pié como relámpago, quedándose tan pálido que todos pensaron que iba a desmayarse. Elena y Rodrigo solo lo miraban sin decir una sola palabra. Cuando los policías —mientras le decían,

queda Ud. detenido por el asesinato del Sr. Rodrigo de la Fuente, etc.etc.—, intentaron ponerle las esposas, Elena les dijo:

—Por favor, si no hay inconveniente, hagan eso a la salida. —Como no señorita, le respondieron.

Según bajaba el elevador, Carlos de la Fuente fue esposado, y así traspasó por última vez en su vida, seguramente, las grandes puertas de vidrio de la empresa donde lo acogió su hermano 20 años antes.

A pesar del rápido y discreto operativo — abajo había una sola patrulla con otro agente a la espera—, no pasó desapercibido al personal que algo raro había sucedido, por lo que los rumores de pasillo fueron inevitables.

Elena convocó a una junta urgente de accionistas para la mañana siguiente, esperando que debido a la hora, pudieran ellos enterar a los socios antes de que la noticia desbordara los titulares. Y se logró. Apenas los noticieros del medio día dieron a conocer pero de una forma prudente —pues aun no tenían confirmación— de la detención de conocido empresario.

## Cap. XX

Ahora comenzaría esta otra etapa que iba a ser muy difícil y complicada, pero los hermanos estaban satisfechos de haber logrado descubrir a los culpables, esperando que se hiciera cumplir la ley a rajatabla, para que un crimen tan atroz no quedara impune. Ante lo logrado, cualquier contratiempo lo podrían afrontar con total entereza.

Roberta, Rodrigo, Elena y Francisco José, se reunieron en la noche en el pent—house, no para celebrar, —que no era el caso—, pero sí para platicar el asunto, desmenuzarlo, y de alguna manera congratularse por el éxito obtenido.

—Damas, dijo Fran, no cabe duda que Uds. han sido las heroínas en esta historia. Sobre todo tú, amor.

—Sí, respondió Rodrigo, dándoles a ambas un beso en las mejillas y agregando: hermana tu tenacidad y suspicacia fueron la clave, ¡eres maravillosa! Ahora sé que nuestro padre descansa en paz.

En la junta con los socios, las noticias fueron tomadas con calma, y aunque difícil de digerir, todos concordaron en que la empresa se manejaba de una manera tal, que no había posibilidad de que fuera afectada por ese feo asunto. Claro que la sorpresa fue mayúscula, pues muchos de los directivos conocían a Carlos desde que apenas siendo un muchacho terminado de graduar, su hermano lo puso a trabajar a su lado, tratándolo más como un hijo que otra cosa.

Los rumores eran diversos, desde la incredulidad e incompreensión ante un desenlace semejante, hasta quienes afirmaban “haber sabido siempre” — pues era muy obvio —, que Carlos odiaba a Don Rodrigo.

Los medios se volcaron literalmente en el asunto en los siguientes días, obligando a Elena a nombrar un jefe de prensa para contestar preguntas, ya que por primera vez en su vida era acosada a la salida o entrada del estacionamiento, así que sabiendo que era cosa de poco tiempo — hasta que pasara la euforia—, un elemento del departamento de Relaciones Públicas se encargó de dar “un parte diario”, además de las autoridades, que también habían ofrecido una rueda de prensa.

El Lic. Gómez—Carrasco iba a ser el contacto de confianza, tanto con el despacho donde trabajaba Roberta,— al que se le encargó ejercer de acusadores, a nombre de los hermanos de la Fuente—, además de con la policía, para dar seguimiento a las averiguaciones.

En la declaración que rindió a las autoridades, en presencia de sus abogados, habla de haber sido menospreciado incluso por su padre quien en forma “evidente” siempre prefirió a su hijo mayor; de cómo su hermano lo dejó de lado a pesar de sus calificaciones académicas y profesionales, prefiriendo darle la presidencia de las empresas a una novata, solo por ser su hija... ¡y para colmo! agregaba, saca de la nada al hijo bastardo del que nunca se acordó en 20 años. Se queja de que el egoísmo de su hermano “le impidió” multiplicar la fortuna heredada, no habiéndole permitido adquirir más acciones; de haber sido obstaculizado permanentemente, acorralándolo en una mediocridad profesional con injustificadas excusas. En fin, dijo el Lic. Gómez al terminar de leer:

—El usual rosario de quejas imaginarias que suelen sumir en la oscuridad a las personas pequeñas, que nadan perfectamente en el caldo de cultivo que produce su odio, aunque al final, terminan ahogándose en él. Si a alguien le consta los intentos que hizo Don Rodrigo porque su hermano se emancipara y creciera; de cuantas veces le ofreció comprar sus acciones, por un precio superior al del mercado, con tal de que se independizara — tomando en cuenta que estamos hablando de una fortuna —, es a mí, que incluso llegué a elaborar un documento con una propuesta formal, que él rechazó. Sí estará enfermo, no lo dudo, pero de complejo de inferioridad, —y disculpen mi franqueza—. Además, agregó, tengo entendido que ni por un

segundo mostró la menor emoción o arrepentimiento.

Los hermanos de la Fuente habían permanecido en silencio, mientras el Lic. Gómez realizaba la lectura. Una cosa les parecía clara, y era que esa actitud les allanaba el camino para que el juicio fuera rápido. Elena decidió llamar a Roberta.

— Dime amiga. ¿Cómo ves las cosas?, nos acaba de leer el Lic. Gómez—Carrasco la declaración de mi tío, y pienso yo que al no haber negado nada, todo lo contrario, más bien asumir su odio y deseos de venganza, será menos complicado el juicio, ¿verdad?

— Bueno, esperemos a ver con que nos sale la defensa, que seguramente tendrá algo entre manos. Lo que aparentemente no van a discutir es la relación habida entre el médico y tú tío, debido a las pruebas irrefutables. Sin embargo, si es probable que nieguen categóricamente que él haya ordenado la muerte de tu padre.

— Pero, ¿y el dinero? Cuál sería su excusa para darle al Dr. Campos 300.000 Dólares? ¿O como soslayar la incriminación que de él hace el médico?

— Mira, puede alegar que era para un negocio, para algún asunto médico, en fin, tendremos que esperar que van a decir, para poder refutar.

— Yo no tengo el menor deseo de venganza Roberta, pero si estoy dispuesta a agotar todos los recursos legales que sean necesarios para que se haga justicia. El médico aceptó su culpa, y por ese lado no me preocupo, pero es un extraño; alguien que no le debía la menor consideración a mi padre, ¡pero por Dios santo. Carlos, su hermano! Que haya sido él quien nos lo arrebató, y con esa sangre fría, es absolutamente imperdonable.

— Trata de mantenerte tranquila, ya es mucho lo que llevamos adelantado. Por cierto que ha contratado un abogado muy famoso, de esos que presumen no perder nunca un caso. Pero descuida, que tampoco nosotros estamos acostumbrados a perder.

— Bien. Por favor, tenme informada del menor detalle.

Días después El “presunto” no habló ni una sola palabra en la lectura de cargos que le hizo el Ministerio Público, que como es de ley, se realizó públicamente con asistencia de los medios, y el acusado de pie tras la reja. Una vez terminada la lectura y a pesar del bombardeo de preguntas, Carlos de la Fuente solo dijo: “deseo retirarme”, dando media vuelta y desapareciendo de la vista, seguido por su custodia policial.

## Cap. XXI

Elena, como usualmente hacía, decidió dedicarse a su trabajo, pero últimamente se le estaba haciendo difícil lograr la concentración que requería. Situaciones como la presente eran de suyo pesadas; menos mal que los últimos días había disminuido el acoso de la prensa, y cada vez se hablaba menos del asunto.

Echándole un ojo al periódico le llamó la atención, además de complacerla, un artículo firmado por un conocido periodista, quien no solo lamentaba el fallecimiento del empresario, sino que alababa su quehacer como persona honorable, muy apreciado por socios y empleados, alejado siempre de cualquier escándalo público o privado, y quien – agregaba – también era considerado un filántropo que apoyaba generosamente las causas sociales, habiendo estado tanto él, como ahora su hija, muy involucrados en lo concerniente al medio ambiente.

Se quedó pensando: menos mal que entre tanta basura, especulaciones y terribles realidades, de vez en cuando alguien logra recomponer en algo la desilusión y reconstruir la confianza como ha sido siempre mi natural: creer que la humanidad vale la pena, y que sin importar cuantos o quienes nos quieran hacer daño, siempre existen — y nos vamos a encontrar— con las otras personas; las que al igual que una, ven lo mejor en sus semejantes, convencidas de que los malos son los menos, aunque el daño que hace uno solo de esos seres, pueda destruir a muchos a su alrededor.

Recortó el artículo, guardándolo junto a otros no tan agradables.

Entregaré a mis hijos con mi mano derecha, las pruebas de lo que hacen la ambición, la maldad, y la envidia de gente canalla y sin entrañas que les impidieron conocer a su abuelo; mientras que con la izquierda, trataré de enseñarles lo mejor de lo que haya aprendido respecto del perdón.

Estaba decidida a que llegaran a donde llegaran las cosas, no iba a dejarse llevar por el odio, pues estaba visto que ese sentimiento producía consecuencias terribles, enfermando de verdad a quienes no tenían la valentía de luchar contra él, convirtiéndose en algo mas poderoso y destructivo que el más letal de los venenos.

...Y llegará el día en que las tinieblas desaparezcan, dando paso a una luz esplendorosa...

¡Que yo lo vea, por Dios!

## Cap. XXII

La sentencia que recibió el Dr. Campos, de 40 años, fue prácticamente negociada entre los abogados, con el juez. Un juicio realmente rápido, ya que en ningún momento después de su confesión plena, hizo absolutamente nada por agregar algún atenuante —no había tampoco de donde— así que al juez no le fue difícil decidir. Se ratificó en todo lo que dijo en su declaración inicial, incluyendo la acusación directa al Sr. Carlos de la Fuente como autor intelectual.

El caso de este era diferente. Los juicios escritos, tan engorrosos y lentos cuando las partes dirimen batallas donde nadie se da por vencido, y donde las pruebas no llegan a ser convincentes, pueden llegar a ser verdaderos calvarios, incluso para los mismos indiciados. Esta anticuada forma de juicio convierte un pleito largo en montañas de expedientes que se acumulan unos sobre otros, llegando a ser completamente escandaloso. Se complica y alarga aun más, cuando por algún motivo el juez se recusa o es recusado, y todo pasa a uno nuevo, quien tiene que ponerse al día.

De todo esto ha sucedido en el juicio que se le sigue al Sr. de la Fuente. No ha faltado ni presentación de testigos que aseguran que el dinero le fue entregado al médico, para la compra de unos terrenos que iban a ser desarrollados turísticamente en tal parte del país; como exámenes médicos que hablan de ciertos problemas psicológicos, que incluso le fueron detectados en su época universitaria, además del hecho de que él jamás ha aceptado su participación en el asesinato, alegando venganza por parte del Dr. Campos, ya que le había solicitado la inmediata devolución del dinero so pena de una demanda, pues según había podido investigar, el tal desarrollo turístico, ni siquiera tenía tramitados los permisos, por lo que había supuesto que era un fraude.

— No te voy a mentir, le dijo Roberta, pero el asunto se complica. Hemos buscado información sobre los terrenos y en el lugar que él menciona no ha habido solicitud de permisos ni mucho menos predios en venta, ya que es zona de reserva. Puede ser un ardid de los abogados, pues es difícil de creer —y esperemos que el juez no se coma ese cuento— que un hombre con la experiencia e inteligencia de tu tío, suelte así no más 300.000 Dólares para una supuesta inversión, sin haberse asesorado primero, e investigado hasta el último detalle.

— ¡Claro que no es posible! respondió Elena. Mi tío siempre ha tenido fama de ser muy cuidadoso con el dinero, y estando el médico prácticamente recién llegado de Estados Unidos, después de haber vivido fuera muchos años, no tenían tampoco una amistad tan entrañable como para que él confiara de esa manera.

— De todas formas amiga, estas son las cosas que complican los juicios, el juez puede concluir que a falta de confesión por parte del acusado, y de pruebas más contundentes que podamos presentar, esto es solo la palabra de un delincuente confeso como lo es el Dr. Campos, en contra de un hombre de vida intachable, como Don Carlos, y debo añadir, que hemos removido hasta las piedras buscando algo en su pasado y presente, sin haber encontrado nada. Es más, ni siquiera una aventura extra conyugal.

— Yo sé que es él Roberta; se que no estoy equivocada.

— No, si yo concuerdo contigo, es mas se nos hace sospechoso que ese hombre ya con más de 40 años tenga una vida tan impoluta. Ni siquiera un desliz de juventud, nada. Pareciera como si le hubieran borrado su pasado y su vida hubiese comenzado después de su matrimonio. Vamos a seguir investigando.

— Gracias, y por favor dense prisa. Ningún juez lo va a tener detenido indefinidamente si no le comprueban algo más. Si fuera un pobre que se roba unos centavos para comer, lo encerrarían y tirarían la llave, pero no a un hombre rico, ni aunque sea sospechoso de homicidio; ya sabes cómo funcionan las cosas.

Si alguna vez se había propuesto cultivar la paciencia, sin haberlo puesto en práctica, este era el momento.

Mientras desayunaba, recordó al periodista cuyo escrito tanto le había gustado, decidiendo entrevistarse con él. Simplemente se le había ocurrido una idea. Le pidió que viniera a sus oficinas donde pudieran hablar en privado. Un hombre de mediana edad, muy profesional, y sobre todo dispuesto a escuchar.

— Elena le dijo: voy a ser muy sincera con Ud. porque realmente estoy desesperada.

— Ud. dirá. Si puedo ayudarla.

— Mire, yo estoy segura que mi tío es culpable, pero a los abogados se les está poniendo difícil encontrar pruebas que no dejen resquicios por donde pueda escabullirse.

— ¿Y qué puedo hacer yo?, porque como imaginará la ética profesional me pone límites que no puedo dejar de lado.

— Si, lo entiendo, pero si Ud. escribe un artículo donde diga que según ha sabido, el Sr. de la Fuente podría quedar libre porque hasta ahora no se le ha podido comprobar, sin lugar a dudas, su participación.

— ¿Piensa Ud. que podría aparecer alguien?

— Si. Eso se me ocurrió de pronto, porque recordé haberle dicho a una persona que si mi tío se había atrevido a mandar a matar a su propio hermano, algo más tenía que haber hecho en su vida, y como además el médico jura que su primer intento fue secuestrarlo, y “que no había encontrado gente de confianza”; ¿qué le parece?

— Estupendo, realmente; no perdemos nada, y yo no me comprometo profesionalmente. Además, para serle franco, su padre siempre me pareció un caballero de los que ya no hay.

— Por cierto, discúlpeme que debí comenzar agradeciéndole la maravillosa semblanza que escribió sobre él, y que es justamente por lo que me atreví a llamarlo.

— No se preocupe. Dije solo lo que pensaba. Aprovecharé que ya parte de ese expediente está accesible al público, y desde ahí partir. La mantendré informada.

Tres días después el artículo fue publicado. Decía el periodista que habiendo tenido acceso al expediente, y a pesar de que las acusaciones del Dr. campos hacia el Sr. de la Fuente eran contundentes, y además las había ratificado, agregando incluso que este había tramado secuestrar a su hermano, y que si lo había contratado a él para llevar a cabo su venganza, había sido porque para lo del secuestro no había encontrado gente confiable; al no haber podido ser probados hasta ahora — sin ningún lugar a dudas— estos dichos, el indiciado podría quedar libre. Se extendía explicando también sobre el asunto de los terrenos, y de las pruebas presentadas por sus abogados sobre presuntos problemas psicológicos de juventud, etc.etc. Algunos detalles que hasta ese momento, eran desconocidos por la opinión pública.

Los medios audiovisuales también se hicieron eco de esa noticia de prensa.

Elena estaba encantada. De inmediato llamó a su hermano para ponerlo al tanto, pues había salido a un recorrido por las diferentes sucursales, acompañado del Sr. Santana.

Lo mismo hizo con Roberta.

— ¿Fuiste tú, amiga?

— Yo misma. De pronto me acordé de este hombre que había escrito algo tan bello sobre mi padre.

— Genial; ojalá algo bueno salga de esto, porque de verdad, verdad — ahora mismo lo estábamos platicando—, las cosas están difíciles. Visto desde un aspecto legal, es muy distinto lo que sabemos o sospechamos, de lo que podemos probar.

Los abogados de Carlos ya habían solicitado al juez que llevaba la causa, la inmediata libertad

de su defendido”; visto que nuestros oponentes no han podido comprobar su acusación”.

Venía un largo fin de semana, por lo que estaban seguros que cuando esos días pasaran, la autoridad no tendría otro remedio que cumplir con la ley. Era necesario que algo sucediera.

Los detectives privados que usaba el despacho para sus averiguaciones, sugirieron que se ofreciera dinero, así, de mano en mano entre cierta gente, indicándoles que habría más para quien tuviera pruebas fehacientes que pudieran comprometer al Sr. de la Fuente. Está bien, háganlo, les dijeron, a grandes males, grandes remedios.

El domingo, una mujer de aspecto humilde, se presentó en la policía para decir que su marido – actualmente preso por tráfico de drogas – tenía pruebas de que “ese hombre”, el empresario, lo había contactado con el fin de que secuestrara a su hermano. El Director en persona la entrevistó.

— Veamos señora, ¿si le dijeron a Ud. que se necesitaban pruebas que fueran irrefutables?

— Si señor.

— Entonces, estando su marido preso por delitos contra la salud, ¿cómo cree que el juez pueda considerarlo un testigo fiable? y mirando a sus colegas. ¡Nos va a mandar al demonio si llegamos con algo como esto!

— Pero óigame, dijo la mujer, es que mi marido lo tiene grabado.

— ¿Grabado, como?

— En el celular señor. Lo grabó para protegerse, además de que guardó un par de mensajes que le envió.

— ¿Y que pide su marido para entregar esas pruebas?, porque no estamos dispuestos...

— Nada, se lo aseguro. Es que ese hombre no le había pagado a mi señor cuando lo detuvieron por lo de las drogas, y al llamarlo desde el reclusorio para pedirle su lana, exigiéndole que me entregara a mí lo convenido, le respondió que nada le debía, puesto que el trabajo no había sido hecho. Pero si le debía, ya que él buscó la gente para cumplir el encargo, solo que al tal Sr. de la Fuente no le agradaron, o sea, que mi señor cumplió.

— Entonces, dijo el policía, su marido quiere venganza.

— Bueno, si no quieren lo que les traigo, Uds. me dicen.

— No, claro que lo queremos, ¿y dónde está ese celular?

— Aquí *mero*, dijo la mujer, sacándoselo de entre sus senos.

— Por favor, señora, pase con el agente para que nos deje los datos de su marido.

Inmediatamente le dieron el teléfono a un técnico para ver que encontraba.

Era evidente que el aparatito fue manejado por otra persona, pues las imágenes habían sido tomadas desde cierta distancia, aunque se veía claramente al Sr. de la Fuente conversando con un hombre, y en dos ocasiones diferentes. En cuanto a los mensajes eran muy escuetos. En uno, enviado por el dueño del celular, decía: lo espero donde quedamos a las 8 de la noche de mañana, y el otro, que respondía el Sr. De La Fuente como un mes después: sí, recibí su mensaje, pero no tengo nada que decirle. Por favor ya no me moleste.

¡Vaya, vaya! Me parece que esto va a ser oro molido para los acusadores. Sacaron algunas copias, haciéndole entrega de una al juez de la causa, y según sus indicaciones, otra para los abogados de los hermanos de la Fuente, y una tercera para la contraparte.

Cuando Roberta llamó a Elena para contarle, esta comenzó a llorar inconsolablemente.

— ¡Será posible Dios mío! ¿Y tú crees que eso servirá?

— Bueno amiga, ya todas las partes estamos enteradas. Por lo pronto, el juez no puede ordenar su inmediata liberación, como era nuestra preocupación. No al menos hasta que esta nueva prueba sea investigada. Además de que el señor será traído otra vez para ser interrogado y que explique por qué se reúne con un conocido delincuente, que asunto está tratando con él, y su motivo para el

envío de los mensajes. Por lo pronto, hemos solicitado que se emita una orden, para que la policía pueda realizar una revisión de las llamadas entrantes y salientes de su celular. Ojalá tengamos la suerte de que también aparezcan llamadas que le haya hecho al Dr. Campos. Esa búsqueda se extenderá a los teléfonos de su oficina y casa, si es necesario.

— Gracias por todo Roberta. Han hecho un magnífico trabajo, sin embargo, todavía no las tengo todas conmigo. Esperemos que sus abogados no se saquen de la manga una nueva sorpresa.

— Algo más Elena. El del celular aceptó firmar una declaración jurada donde explica cómo fue contactado por Carlos, que quería de él, etc., y como no está pidiendo ninguna prebenda o trato especial a cambio, confiamos en que todo eso junto, tendrá peso probatorio. A esto agregaremos un escrito donde haremos ver la imposibilidad de que el Dr. Campos supiera de ese intento de secuestro si no se lo hubiera contado tu tío, debido a que el traficante ya tiene tiempo preso, y el médico ni siquiera estaba en el país, cuando eso sucedió.

— Bien. No podrán decir que el médico conocía a ese delincuente, y que su acusación es un complot.

— Así es. Ahora nos queda la investigación de las nuevas pruebas, y una vez que Carlos sea confrontado con ellas, sabremos que le habrán aconsejado sus abogados decir. De hecho, no nos extrañaría si en las próximas horas nos

llamaran tratando de llegar a algún arreglo.

— ¿Arreglo?, ¿cómo?

— Bueno, si él acepta su responsabilidad y de una vez cerrar el capítulo, tal vez quieran acordar pedirle al juez, que a cambio de ese reconocimiento de culpa, y para evitar alargar un juicio a todas luces innecesario, que la autoridad le determine una pena menor, aunque, como autor intelectual de un parricidio —pues se trataba de su hermano—, los 30 años no creo que nadie se los quite de encima.

— Ojalá que así sea, ya no veo la hora de dejar atrás este horrible asunto. Además, le haría un favor a su familia. Tengo entendido que a los hijos los enviaron al exterior.

— Como siempre sucede en estos casos, quienes salen más perjudicados suelen ser los hijos. La familia inocente.

— Por cierto, nos quedaremos sin saber que surtió efecto, si el artículo del periódico y el eco en la radio y la televisión, o el reparto de dinero en las calles.

— Pues quien sabe, porque si estamos seguros de que pasaron la voz, pero ya vez que la mujer que trajo el teléfono, no pidió absolutamente nada; su motivación era otra.

— ¿Y cuanto debemos esperar para tener novedades?

— Poco, creo que esto es cuestión de horas; de un par de días máximo, te tendré al corriente.

— Gracias amiga, tu apoyo ha sido maravilloso.

— De nada, por cierto ¿Cuándo regresa Rodrigo?

— ¡Ajaja!, conque esas tenemos ¿eh?, ya me contarás; estará aquí mañana, cuñadita...

## Cap. XXIII

Se reunió con Fran en la noche, y una vez que lo puso en antecedentes de las últimas noticias, le dijo:

— ¿Sabes qué?, creo que debemos irnos de viaje juntos.

— ¿Cómo? ¿Quieres que nos casemos? Ahora soy yo el que te digo, ¿así, sin anestesia ni nada?

— No, no de momento. Solamente que nos vayamos por unos días. ¿Qué te parece la idea?

— ¡Fantástica! Y claro que nos vamos, ¿has pensado donde?

— Esperaba que se te ocurriera algo. Eso sí, donde no hayas ido con ninguna mujer, por favor.

— ¡Ja ja ja! Tengo en mente un lugar donde estuve muy joven, en unas vacaciones estudiantiles. Un sitio que tu no conoces y que es un verdadero paraíso; la Isla de Aruba, en el Caribe.

— Perfecto, me parece estupendo. En cuanto se defina esta situación, nos vamos.

Cuando el novio se retiró, se quedó pensando en su proposición. Era hora de que le diera un curso seguro a esta relación de noviazgo que más parecía de buenos amigos, y el irse juntos, la cercanía, la intimidad lejos de todo lo conocido, sin presiones de ninguna clase, la iba a poner en el camino correcto respecto de sus sentimientos.

No era justo ni para ella ni para él, seguir dando vueltas en círculos, asiéndose a Francisco José como punto de apoyo emocional, cuando ella sabía perfectamente que él si la amaba. Ningún hombre en etapa de noviazgo se queda tanto tiempo al lado de una mujer dándole soporte moral — y sin recibir nada más allá de un beso—, si no es porque está realmente enamorado.

Espero no estar cometiendo un error. Reconozco que me hace sentir bien, que me encanta como me besa, y me exalta los sentidos gratamente con su cercanía, compartiendo el calor de su pasión cuando nos abrazamos; además de extrañarlo muchísimo cuando está ausente. Todo ello son detalles importantes para vaticinar una intimidad satisfactoria, agregando a esto que es un hombre con experiencia. Por otra parte, un amor incondicional como él me ha demostrado, me habla de una persona centrada, madura, generosa, en fin, cualidades maravillosas para elegirlo con el fin de formar una familia; y creo que ya es tiempo de ir pensando en ello.

No había sido muy noviera, aunque claro que tuvo varios amores. Recordaba con especial cariño al que llamaba su primer amor, el hombre con el que sostuvo su primera relación íntima, que sin embargo tampoco había sido lo suficientemente importante para dejar huella precedera. Los demás novios, pasaron sin pena ni gloria.

Sonriendo para si se dijo: además a mi padre le agradaba, y él no solía equivocarse con las personas.

¡Aruba, allá vamos!

## XXIV

Rodrigo y el Sr. Santana llegaron de su viaje directo a las oficinas. A la hora de salida, Elena le dijo a su hermano:

— Yo te llevo, y así nos detenemos a conversar, mientras nos tomamos un cafecito, ¿Te parece?

— ¡Claro!, le respondió.

Cuando se estaban estacionando, dijo él:

— ¡Tazza d'oro!, vaya, así se llama un famoso café en Roma.

— Con razón, rio Elena; ya decía yo que ese nombre me era conocido. Pasemos, que te va a encantar.

— Primero cuéntame por favor, como te pareció el recorrido que hiciste. Como viste todo.

— Muy bien. Realmente la empresa funciona de forma excelente. Creo que ya se está acercando el momento en que me sienta lo suficientemente seguro para compartir tus actividades, y que tu descanses un poco.

— Si, la verdad buena falta me hace. De hecho, pienso hacer un viaje, e incluso estoy dándole vueltas en la cabeza a la idea del matrimonio.

— ¿Y Francisco José?

— Pues ya ves que él me lo propuso hace tiempo, pero me he sentido tan insegura, tan dudosa. Espero que con este viaje, una vez que se defina la situación de Carlos, pueda también aclarar mis sentimientos. ¿Y tú, hermano?, ¿Qué hay con Roberta?

— ¡Vaya! ¿Te has dado cuenta, eh? No te había comentado nada, porque nada hay aún, aunque ella me agrada muchísimo, pero hay que darle tiempo al tiempo.

— También tú le agradas. Justamente ayer me preguntó cuando regresabas.

— ¿Y cómo ven el asunto del juicio? ¿En verdad creen que vamos por buen camino?

— Elena lo puso al tanto, día por día, de todo lo acontecido.

— Hermana, le dijo Rodrigo tomándola de las manos. No sabes cuan orgulloso estoy de ti. Eres realmente una persona excepcional. Inteligente, perceptiva, observadora, luchadora, constante...

— ¡Por favor!, que no es para tanto, me haces ruborizar, en esto hemos colaborado todos.

— No, los demás hemos seguido tu intuición que hasta ahora no ha fallado. Sería totalmente mezquino no reconocer lo que has logrado.

— Creo que solo he sido inspirada por el inmenso amor que siempre le tuve – le tengo – a nuestro padre. De ahí parte realmente todo.

— Y de tu sentido de justicia, que es algo inherente a tu personalidad, lo cual demuestras además en otros actos de tu vida, particularmente en tu relación con la gente que te rodea; con tus empleados, con todo el mundo.

Riéndose Elena le dijo:

— Tú me dices eso porque me quieres, hermano.

— No, es la verdad. Y lo más hermoso, es que ni siquiera te das cuenta.

## Cap. XXV

Carlos de la Fuente fue acusado de ser el autor intelectual del homicidio de su hermano, basándose en las pruebas presentadas, ya que no fueron capaces de ofrecer algo que refutara las evidencias. Todo lo contrario, a algunas de ellas, ni siquiera respondieron.

No existía una explicación lógica al hecho de que se hubiera reunido con el traficante, o algún motivo para que le hubiera mandado los mensajes telefónicos, diferente a lo sostenido por la acusación. Tampoco aportaron nunca nada que comprobara que la fuerte suma traspasada a la cuenta del médico, tuviera alguna otra razón distinta a lo declarado por el Dr. Campos, ya que por ningún lado apareció algo relacionado con compra de terrenos, ni intento siquiera, en la zona por él mencionada, que por lo demás, jamás estuvo a la venta. Así que el juez dictó su sentencia en base a las pruebas, que como predicho por Roberta, fue de 30 años. Sin embargo, en ningún momento Carlos se desdijo de lo dicho, negando siempre, rotundamente, haber mandado a asesinar a Don Rodrigo.

— ¡Por fin se terminó este viacrucis!, dijo Elena. Han sido 6 terribles meses, pero se ha hecho justicia, independientemente de que Carlos continúe negando su participación, lo cual a mí me demuestra solo una terrible frialdad, pues a las pruebas video grabadas de su reunión con el traficante, no fueron capaces —ni él, ni sus abogados— de alegar alguna cosa que lo justificara. De hecho, ni respondieron a eso.

— Si, apuntó Rodrigo. Tampoco les sirvió de nada intentar demostrar que sufre de algún problema psicológico, cuando en más de 20 años no existe ningún record médico al respecto. Para mí, lo de los terrenos por ejemplo, no fue otra cosa que una cortina de humo para tratar de despistar, o ganar tiempo.

—Así es. Yo que como abogada estuve presente en todo el proceso, puedo decirles que por mucho que lo niegue, las pruebas son abrumadoras. Lo demuestra el hecho de que no fueron capaces de encontrar una excusa, ni siquiera medianamente creíble, que explicara qué demonios tenía que hacer él, conversando en dos ocasiones con un delincuente conocido. Ante esa evidencia, que para nosotros fue providencial, tuvieron que doblar las manos. Además de que se encontraron en su celular varias llamadas, tanto las intercambiadas con el médico, como con el traficante.

—Si acaso —agregaba Fran — sus conversaciones con el tal delincuente, no fueron para mandar a secuestrar a Don Rodrigo, definitivamente que no eran para nada bueno.

— ¡Claro que si fueron para eso!, respondió Elena. En este asunto creo que todo lo declarado por el Dr. Campos, fue verdad. Recordemos que cuando el médico mencionó lo del secuestro, no teníamos ni la menor idea que aparecería el hombre del celular. Y si, es cierto que este dio señales de vida después del artículo y su repercusión en otros medios, pero: ¿y las videograbaciones hechas meses antes?, eso no lo pudieron explicar. Simplemente le salió mal su primer intento y se aprovechó de la ambición del doctor para llevar a cabo su plan. También tuvimos suerte de que el médico no es precisamente un hombre muy fuerte de carácter.

— Mira amor. Ya debes comenzar a dejar esto de lado, a sanar heridas, a pensar un poco en ti, en nosotros... Carlos de la Fuente tiene los próximos 30 años para reflexionar sobre su horrible crimen, aunque dudo que su mente torcida deje de pensar que hizo lo correcto.

## Cap. XXVI

Fran y Elena decidieron salir a cenar esa noche a Devalo's. Últimamente su vida personal había quedado supeditada al asunto del juicio. Prácticamente era el tema de conversación preponderante, incluso estando solos, y como bien decía él, ya era hora de dejar atrás el pasado, respirar hondo y decirle a la vida y al amor: ¡aquí estamos!

Quería poner todo el cuidado en su arreglo personal para esa noche. Mientras daba vueltas por su habitación buscando sus cosas — siempre ayudada por la nana que no la dejaba sola—, se pusieron a conversar. Elena le contaba de sus planes; vamos a cenar, y luego a bailar a un sitio de moda que nos dijeron que está muy bien.

— ¡Tenemos tanto tiempo sin salir de verdad!

— Tienes razón, y mis respetos para Francisco José; pocos hombres con su paciencia. Uno mejor, ¡imposible!

— También estamos planeando hacer un viaje nana; de unos 15 días. Especialmente yo lo estoy necesitando.

— Me parece bien hija, ha sido casi un año sin tener un momento de paz.

— ¿Un año ya?

— Pues sí, apenas en un mes más, se cumple el primer aniversario del fallecimiento de Don Rodrigo.

La mirada de Fran cuando le abrió la puerta del coche, le dijo más que el espejo.

— ¡Que hermosa eres!

— También tú te ves muy guapo. No sabes cuanta falta me hacía vestirme “para salir” y no para ir a abogados, tribunales, u oficina.

— Esta noche nos vamos a olvidar de todo. El tema seremos únicamente nosotros, nuestros planes, nuestro futuro.

Una vez que terminaron de cenar y mientras esperaban una bebida, Fran sacó un hermoso estuche del bolsillo de su saco, diciendo:

— Tengo algo para ti. Realmente está conmigo desde hace algún tiempo, pero con tantas complicaciones no me había parecido oportuno dártelo.

Elena lo miraba mientras extendía su mano.

— Pero no te asustes, que no es un anillo de compromiso.

— No, no es eso... ¡que hermosa!

— ¿De verdad te gusta?

— Claro que si mi amor, es una bellísima pulsera. Pónmela por favor. ¿Y a que se debe este regalo?

— Bueno, lo primero es que no tiene que haber un motivo para darte un obsequio, pero la verdad es que te la compré cuando cumplimos un año de estar saliendo, pero ya sabes...

— ¡Ay amor! Estoy totalmente de acuerdo con la nana, que como tú, no hay dos.

— Yo ya lo sabía.

— ¿Qué?

— Que la nana es la mujer que me conviene.

Se rieron con tantas ganas, que los de las mesas vecinas se volvieron a mirarlos.

El lugar de moda estaba hasta el tope, alegre y bullicioso, como es usual en un día viernes. Entre baile y baile, mientras se sentaban a descansar y a tomar algo, comenzaron a platicar del viaje.

— Si estás de acuerdo, ¿verdad?, le preguntó Fran.

— ¡Claro que sí! Además no conozco Aruba y ya me estuve informando. Es un verdadero

paraíso.

— ¿Cuándo quieres que nos vayamos?

— Lo antes posible. Realmente ahora no tengo pendientes importantes en la oficina, además que Rodrigo ya está prácticamente interiorizado de todo. ¿Y tú?

— Lo mismo. Puedo desaparecer por dos semanas sin que lo noten, jajaja.

— Bien, entonces en estos días dejamos nuestras cosas organizadas, y podemos irnos el próximo fin, ¿te parece?

— ¡Perfecto!

Cuando la música cambió, se levantaron nuevamente para bailar. Ahora le toca a la romántica, le dijo él, estrechándola entre sus brazos. Ella se dejaba llevar mientras recostaba la cabeza en su pecho.

— Que agradable sensación sentirte tan cerca, le dijo. No me había dado cuenta de la falta que me hacías; no solo el amigo, sino el hombre que me abrazara.

— Gracias mi amor. También yo he deseado esto miles de veces. Sé que vamos a entendernos maravillosamente. Ya nos conocemos como amigos, como camaradas. Hemos podido darnos cuenta que somos afines en muchas cosas importantes para una vida en pareja. Lo que nos falta, la intimidad que es tan importante, estoy seguro que no decepcionará a ninguno de los dos.

- Yo puedo decirte que en este momento estoy feliz, plena, enamorada, y este sentimiento tan completo, hacía mucho que no lo experimentaba. Creo que al dejar atrás tantas desdichas, mi alma está más receptiva al sentimiento del amor, como si me hubiera sacado un gran peso de encima. Pareciera que la oscuridad malsana que me envolvía, se ha tenido que rendir incondicionalmente al paso de la luz.

- Yo te amo, Elena. Hace largo tiempo que no tengo la menor duda de ello.

- Es lo que quiero sentir también; estar segura, porque por mil razones eres la persona con quien me gustaría pasar el resto de mi vida.

Al llegar a dejarla en su casa, se abrazaron y besaron con verdadera pasión. Elena sintió que en ese mismo momento lo que realmente deseaba era hacer el amor con ese hombre al que parecía estar “reconociendo”, por primera vez. ¿Qué había sucedido con ella en este último año?

## Cap. XXVII

Aruba los recibió con la calidez típica caribeña. Hermosas playas, preciosos hoteles, casinos, y esa multicoloridad que se aprecia por doquier.

Llegaron ya un poco después de mediodía. Se instalaron, cambiaron su ropa y bajaron a comer. Tenían la idea de dar algunas vueltas por la ciudad, conocer un poco, y ya al siguiente día disfrutar de la playa, la piscina, y porque no, entretenerse un poco en el casino del hotel.

Hablaron, rieron; caminaban tomados de la mano o sencillamente abrazados. Para Elena el tiempo se había detenido. Se sentía completamente liberada, renovada, como si hubiera vuelto a aquella alegría despreocupada que alguna vez la caracterizó, cuando era una joven de futuro promisor y todo sonreía a su alrededor.

Se dio cuenta que sin apenas percibirlo, las responsabilidades que quizás tomó antes de tiempo debido a la enfermedad de su padre, su gravedad, y el fatal desenlace con todas sus consecuencias posteriores, la habían llevado a una adultez, si no prematura, si demasiado seria, seca, monótona y aburrida. O tal vez fue esa la forma en que ella consideró que debía asumir su nuevo rol.

Ahora se sentía como le correspondía: plena, alegre, despreocupada, sabiendo disfrutar el momento, y permitiéndose que los asuntos serios quedaran a un lado, sin agobios o preocupaciones. La madurez consiste en esto, pensó. En darle a cada cosa su tiempo y lugar; en no sentirse ni indispensable, ni tampoco irresponsable, cuando no llevamos las riendas; cuando permitimos que otros asuman la parte que les corresponde.

La tarde pasó volando. Cenaron algo ligero, tomaron un par de copas y subieron a su habitación. Ya en el elevador, Elena se sentía nerviosa. Parezco tonta, como si jamás hubiese estado a solas con un hombre. Fran le hablaba de manera despreocupada, seguramente sabiendo lo que a ella le rondaba la cabeza.

Cuando entraron, él se dirigió directamente al balcón, abriendo la enorme puerta, que daba a una pequeña terraza. ¿Qué te parece?

— ¡Vaya, pero que lindo! ¿Fue idea tuya, verdad?

— Así es. Les pedí que lo iluminaran de forma especial y que nos dejaran un servicio de bebidas y algunos entremeses. ¿Te sirvo un vodka?

— Sí, por favor.

— Mientras él servía las bebidas, ella pasó a la habitación, encontrando que sus cosas habían sido guardadas. Se quitó la ropa, tomó una preciosa bata, y salió para acompañarlo.

— Y además, esta hermosa vista al mar...

— Sí, es un lugar realmente paradisíaco.

Se sentaron muy juntos en una especie de poltrona que se balanceaba en el aire. El comenzó a hablar de diferentes cosas, contándole anécdotas de la primera vez que había estado en la isla cuando tenía 18 años, como habían vuelto loco al servicio del hotel con sus diabluras, ya que era un grupo como de diez compañeros de escuela. Fue el primer viaje que hice al exterior sin mi familia.

De pronto Elena, tomándole su rostro entre las manos, lo besó con toda la fuerza y pasión de que era capaz. Él sencillamente la alzó en sus brazos, y cargándola, la depositó suavemente en la cama, al mismo tiempo que desabrochaba el único botón de su bata...

Vivieron el resto de la semana como en una nube. Elena supo con certeza que el hombre de su vida era Francisco José, y no se explicaba por qué tardó tanto en darse cuenta de lo que ahora se le hacía tan obvio.

Mirando un poquito sobre su hombro hacia atrás, creía entender que el haber tomado quizás

prematuramente la responsabilidad de la empresa, al empeorar la salud de su padre, y las subsecuentes dificultades y tragedias, endurecieron un poco su carácter, o la hicieron creer que el deber y la responsabilidad no eran compatibles con la alegría del amor, dejando, si no cerrada por completo, si apenas entreabierta la puerta a esa posibilidad.

El fin de semana siguiente fueron a Curazao. Aprovechemos que estamos tan cerca, decidieron, pues quien sabe cuando volveremos por estos rumbos.

En el viaje de regreso, Elena le dijo:

— Quiero darte las gracias mi amor, por haber sido tan paciente, tan maduro, por no dejarte llevar por mi aparente frialdad e indiferencia hacia tus sentimientos. Si no hubieras actuado así, esta tonta no podría gritar hoy a los cuatro vientos a quien quiera escucharla, que está enamorada del hombre más maravilloso del mundo, con el que piensa vivir los próximos cien años.

— Yo te amé desde el principio Elena. Me di cuenta de esa realidad cuando salí fuera aquéllas dos semanas y te pedí que lo pensaras. Se me hicieron largas, y te extrañé muchísimo. ¿Pero sabes qué?

— Que.

— Que siempre supe que te traía loca, pero que no te habías dado cuenta.

— ¡Ah, sí, como no!

— De veras amor, lo sabía cuando me besabas, porque sentía tu entrega, tu pasión, solo que me armé de paciencia, seguro de que lo hoy tenemos, llegaría. Que tú misma te darías cuenta.

— Además debo contarte un secreto. Yo hablé con Don Rodrigo.

— ¿Cómo?, ¿y de qué?

— Pues de nosotros, de que más.

— A ver, cuéntame eso, por favor.

— Una tarde que no llegabas y me invitó a la partida de ajedrez, me preguntó directamente si éramos novios.

Le respondí que aún no, pero que esos eran mis planes.

— ¿La amas?, mirándome a los ojos.

— Me gusta mucho su hija, señor, creo que me estoy enamorando, y por lo demás, mis intenciones son las mejores.

— Y, ¿qué pasó?

— Me miró sonriendo y dijo, ¡mas te vale! Es mi adoración. Por lo demás, me pareces un buen hombre, así que si ella te acepta, yo también, y me extendió su mano.

— ¡Mi papá! Así era él. Un ser humano maravilloso.

— Sí que lo era. Apenas nos tratamos y llegué a apreciarlo mucho.

— Pero, ¿por qué no me habías contado?

— Solamente esperaba el momento oportuno.

## Cap. XXVIII

La llegada de los viajeros con noticias de boda próxima, fue un gran motivo de alegría. Ni que decir de la nana que brillaba de gozo. Roberta “exigió” ser la madrina, y como Rodrigo sería quien la llevaría al altar, aún estaba por verse quien iba a ser el padrino.

La familia Inhiesta, de la cual Elena se había mantenido un poco apartada, debido a la propia inseguridad en sus sentimientos, también recibió las buenas nuevas con gusto.

Decidieron fijar una fecha próxima, y que el enlace se celebrara prácticamente en la intimidad de las familias, debido a los recientes acontecimientos.

Elena compró un hermoso ramo de flores, decidiendo dirigirse sola al cementerio. Aprovechando que era el primer aniversario de la muerte de su padre, quería visitarlo; bueno, también a su madre, ya que estaban sepultados juntos, pero particularmente deseaba contarle todas las novedades que traía a su cómplice, pues sabía cuánto le alegraría.

Ya ves papá, al fin para la terca de tu hija salió el sol. Ya supe que él también te agradaba, por lo que verás con buenos ojos esta unión, especialmente porque soy realmente feliz, y sé que esa era tu gran preocupación. Como sé que mi madre está también escuchándome, estas noticias son para los dos. Si mamá, voy a usar el bellissimo vestido de novia que tu llevaste cuando ambos se casaron. La nana no ha dejado de recordarme que ese era tu deseo.

No saben lo injusto que me parece no poder tenerlos cerca en una ocasión tan especial, y que fueras tú papá quien me entregara. Sin embargo, de alguna manera estoy segura que van a estar conmigo.

Una novedad más. Rodrigo y Roberta están comprometidos. La recordarán; era mi mejor amiga en la preparatoria y aún lo sigue siendo, así que tal vez no tarde en volver para anunciarles otra boda, y quien sabe, si un nieto.

Los amo con todo mi corazón.

## EPÍLOGO

*Especialmente para las mujeres que lean esta novela.*

*La usualmente incomprensible incongruencia humana, nos lleva a cometer errores en lo que debería ser más simple: el sentimiento del amor. A veces nos enamoramos de quien no debemos, y dejamos de lado personas maravillosas que harían cualquier cosa por nosotros.*

*El “clic” que pareciera ser la clave para engancharnos con ese sentimiento, suele confundirse con la pasión, lo que a veces nos lleva por caminos tortuosos, que en vez de acercarnos, nos alejan de la felicidad.*

*Pero es algo innato en el hombre y la mujer asomarse a abismos peligrosos, engañados por espejismos que con frecuencia dejan un mal sabor de boca y el corazón casi inhabilitado para volver a embarcarse en la aventura. Pero insistimos. Nos caemos y nos levantamos, con terquedad inaudita.*

*Esos aciertos y errores deben constituir la experiencia, ya que nunca más acertado el refrán de: “nadie escarmienta en cabeza ajena”, que cuando lo aplicamos al amor.*

*Aún existe, —particularmente entre las mujeres—, el miedo a estar solas, a escuchar las consejos de amigos y parientes, amén de la vergüenza de “quedarse para vestir santos”, lo que las impulsa a veces a lo de: “agarrando, aunque sea fallo”, como dicen en Venezuela, siendo — como es lógico — peor el remedio que la enfermedad.*

*Pero bien sabemos que no todas logran la felicidad casándose, o viviendo en pareja. Las hay que sufren agonías silenciosas con maridos violentos por el temor al qué dirán, porque piensan que morirán de hambre si se separan, o porque “esta es la cruz que me tocó”; y lo triste, es que lo creen firmemente.*

*Nuestra obligación es tratar de ser felices, y aunque siga siendo ideal tener una familia constituida por papá, mamá e hijos, esto debe serlo únicamente si hay amor, respeto y valores, que podamos heredar a los que traemos al mundo.*

*Una mujer formada profesionalmente, o sencillamente independiente económicamente debido a su trabajo y quehacer autónomo, también puede ser feliz, aunque por algún motivo no llegue a tener hijos, ni marido. Debemos alejarnos de los clichés sociales que nos condicionan a aceptar a veces situaciones que no son las que deseamos.*

*Aún en América Latina —y no es porque no ocurra en otros lados, sino porque esto me toca más de cerca—, existen las mujeres que viviendo en aldeas de particulares costumbres, son casadas con quien elija su padre, a cambio de una dote de vacas, ron y dinero. Que son excluidas de la escuela, y que no tienen el menor derecho a opinar ni siquiera en lo concerniente a sus propios hijos, siendo objeto de burla si nadie las pide en matrimonio; cosa esta última que sucede todavía incluso, en otros estratos sociales, donde a las mujeres solas se les endilgan apodos, como solterona, quedada, etc.*

*Es mucho lo que las mujeres que por suerte tenemos otra clase de vida podemos y debemos hacer por esas congéneres en desventaja. Exigir que sean no solo promulgadas las leyes que acaben con la terrible desigualdad que aún persiste en muchos ámbitos, sino que se apliquen, porque en algunas ocasiones después de lograrlas, se terminan convirtiendo en letra muerta. Y aunque ha habido avances, todavía no son suficientes.*

*Justamente es esa desidia por parte de las autoridades, lo que hace que mujeres que viven en una difícil situación de pareja, no acudan a pedir auxilio porque desconfían de que van a*

*ser atendidas con respeto, y no recibir la respuesta, como sucede en ocasiones, de que: "Eso no es nada, si las heridas o los golpes sanan antes de 15 días, no podemos proceder" ¿?, y esto todavía ocurre en algunos lugares, particularmente en zonas rurales y comunidades indígenas, a pesar de las leyes promulgadas, la capacitación a los Ministerios Públicos, etc.*

*Es nuestra obligación — primero a nuestras hijas y a las jóvenes que nos toquen de cerca — enseñarles que son valiosísimas, que aprendan a depender de ellas mismas, a ser autosuficientes, y a mantener una elevada autoestima, y que solo en el caso de que encuentren un hombre que las respete, que las ame, que no pretenda cambiarlas, o mucho menos coartarlas, prohibirles, o inhibirlas de realizarse como seres humanos, entreguen su corazón y compartan su vida con esa pareja que han elegido, en la seguridad de que en ese caso, habrán decidido la que puede ser la mejor y más satisfactoria forma de vida.*

*Pero por favor, no nos olvidemos de las que no tienen voz, y menos aún, de aquéllas que ni siquiera saben que tienen derechos*